ALFREDO R. BUFANO

Zoología Política

CONTENIDO



ZOOLOGIA POLITICA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

POESIA

1917 — *El viajero indeciso.* (Agotado)
1919 — *Canciones de mi casa.* — Premiado por la Municipalidad de Buenos Aires. — (Agotado).
1920 — *Misa de Requiem.* — 2a. edición. — (Agotado).
1921 — *Antología.* (Agotado).
1922 — *Poemas de Provincia.* (Agotado).
1923 — *El huerto de los olivos.* (Agotado).
1925 — *Poemas de Cuyo.* (Agotado).
1927 — *Tierra de Huarpes.* (En venta).
1928 — *Poemas de la nieve.* (Agotado).
1929 — *El reino alucinante.* (Agotado).
1930 — *Valle de la soledad.* — Primer premio de las provincias de Cuyo. — (Agotado).
1932 — *Romancero.* (En venta).
1933 — *Laudes de Cristo Rey.* (En venta).

PROSA

1926 — *Aconcagua.* — Crónicas de viajes por la cordillera de los Andes. — (Agotado).
1930 — *Open Door.* — Cuentos. —(Agotado).
1933 — *Místicos Italianos de la Edad Media.* — Conferencia pronunciada en la Universidad Nacional del Litoral, el 8 de setiembre de 1932. Ed. de la Universidad. — (En venta).
1935 — *Zoología política.* (En venta).

ALFREDO R. BUFANO

ZOOLOGIA POLITICA



EDITORIAL TOR
Río de Janeiro 760
BUENOS AIRES



¡Il poeta si diverte
pazzamente,
smisuratamente!
¡Non lo state a insolentire,
lasciatelo divertire
poveretto,
queste piccole corbellerie
sono il suo diletto!

. . . .

¿Cosa sono queste indecenze,
queste cose bisbetiche?
¡Licenze, licenze,
licenze poetiche!

ALDO PALAZZESCHI.

DE LAS CONDICIONES QUE HA MENESTER EL CAUDILLO

Para ser caudillo político de pueblo de tierra adentro, es necesario reunir condiciones que no todos los hombres poseemos.

Es necesario, por ejemplo, ser poco menos que analfabeto, o, lo que es lo mismo, mientras más bruto, mejor; escribir ojo con hache, "acsolutamente", "refalada", etcétera; y decir "tenimo" por tenemos, "vamo" por vamos", y "agarrensén" "costitución", "atrosidá" y otras lindezas que, por cierto, no empleó Cervantes en "El Quijote" ni Quevedo en "El Buscón".

Hombre que posee esta cualidad esencial, tiene escalado el primer peldaño del caudillismo pueblerino. Luego ha de tener buen estómago. Ningún dispéptico puede ser caudillo. Tiene que ser avestruz. En sus giras políticas ha de comer de todo, no debe rehusar nada. Carne con cuero, empanadas con moscas, chinchulines a medio asar, y lo que caiga. Ha de beber sin solución de continuidad, pero sin emborracharse. Si se emborracha, se embroma. Pierde ascendiente, porque demuestra que es débil y porque a cualquier borracho se le manosea.

Debe hacer gracias entre los graciosos. Comer carne pasada, beber vino con barro o jabón, tragarse un durazno con carozo y todo. Eso le da prestigio entre el gauchaje y atrae simpatías admirativas.

Ha de ser fuerte y bravucón, saber andar a caballo como el mejor, tocar la guitarra y cantar, recordar tal o cual sentencia del viejo Vizcacha, proferir alaridos como los indios y otras cosas que ya iremos anotando.

Caudillismo es sinónimo de inescrupulosidad, de indecencia y de truhanería. Ningún caudillo que se respete un poco es hombre de bien. Si se respetara, no sería caudillo. Lo uno excluye terminantemente lo otro. Tampoco puede ser caudillo si tiene veleidades de honradez. Todo éso hay que mandarlo a guardar por pernicioso e inútil.

El caudillo ha de ser adulón y servil con los que pueden hundirlo o levantarlo. Debe andar detrás de ellos sumiso, obediente, sonriente, aprobando, elogiando siempre.

Ha de aguantar en aprobatorio silencio todos los insultos que el poderoso le dirige. Si contesta y se rebela, se hunde. ¡Ya podrá desquitarse él con sus inferiores!

Ha de imitar en lo posible los gestos y ademanes, manera de caminar y de vestir del maestro que, con las mismas mañas y las mismas armas, llegó al Concejo Deliberante, a la Legislatura o a la Gobernación.

Para oír al que le habla medroso, debe ponerse un poco de perfil, inclinar la cabeza, moverla afirmativamente y no oír nada de lo que se le está dicien-

do, o rumiar la mentira que se ha de contestar.

Cuando está en un recinto rodeado de varias personas y alguien quiere hablarle, ha de conducirlo del brazo hacia una ventana y mirar por ésta distraidamente mientras hace creer que oye.

Debe caminar ligero, entrar y salir de las oficinas públicas a la disparada, para dar la impresión de ser hombre grávido de preocupaciones, aunque no tenga un pito qué hacer.

El caudillo debe saludar a todos, menos a sus enemigos políticos, hasta que se hagan de su bando, lo que no ha de tardar si el éxito lo acompaña. Ha de poner con frecuencia la mano sobre el hombro de su interlocutor, en gesto fraternal y cariñoso.

Debe tutear como sin querer, e insultar por dentro al que acaba de abrazar.

Si quiere llegar a alguna parte, no debe reparar en nada. Será hombre perdido si lo hace. Por ende, debe estar presto a la calumnia como la víbora para morder al desprevenido caminante. La intriga, la delación y la infamia han de ser sus aliadas permanentes.

Si un gato le estorba, y tiene cuatro patas como todos sus parientes, el caudillo ha de buscar el modo de hacerlo aparecer con ocho, con veinte o transformarlo derechamente en ciempiés, hasta lograr que el poderoso crea que el gato es su opositor y ordenar a alguien que lo despelleje sin contemplaciones.

Con esto quiero decir que para el logro de sus fines, no ha de reparar ni en la honradez, ni en la capacidad, ni en la familia, ni el dolor de sus semejantes. Y si no repara en ésto, que puede verse y

aquilatarse en los hombres, prudente es suponer que menos ha de tener en cuenta los perjuicios que puede ocasionar a su pueblo o a su provincia, que, al fin y al cabo, son entes metafísicos.

El caudillo no ha de tener medios de vida. Ha de pedir, y no devolver; solicitar préstamos a los bancos, y no pagarlos; y si sufre inhibiciones o concursos, mejor. No hablemos de su pasado. El pasado de un caudillo tiene que ser águila de blasón. Su prontuario ha de ser voluminoso. Hurto, asesinato, lo que sea. Pero esta elegancia le es de todo punto imprescindible. Si no, es hombre al agua. Si acredita un pasado honesto y laborioso, se fastidia. Pero ésto rara vez acontece.

El caudillo ha de ser generoso. ¿Y cómo no? Debe convidar a beber, pagarle los cigarrillos al admirador, invitarlo a almorzar, darle dinero si lo necesita, dejarse robar como si estuviera dormido. ¡Ya tendrá tiempo él de meter las úñas en las arcas fiscales, o de hacer algún "negocito" brillante, o de vender su voto a alguna empresa extranjera, o de extorcionar a otro pillo! ¿Es que los sacrificios de un hombre que desea el bien de su patria han de ser inútiles? ¿Es que la patria ha de ser madrastra de sus hijos dilectos? ¿Eh? ¡Señores, señores; seamos comprensivos!

El caudillo ha de tener ahijados hasta en las pocilgas. En él deben ser corrientes estas exclamaciones callejeras: "Adiós, compadre", "¿Qué dice, mi compadre?", "¿Qué le anda pasando, compadre?". Debe apadrinar bautizos, esponsales y postulantes. Debe concurrir a los velorios y a los entierros, con cara compungida y corbata negra, si sabe ponerse

corbata. Y si no, pañuelo. Su personalidad no ha de resentirse por esto, que para eso es quien es.

Debe entrar en los ranchos, sentarse democráticamente en sillas de asiento de cuero sin curtir, tomar mate en jarro, comer sopaipillas, y echar algún parrafito sobre las reivindicaciones del proletariado rural, la enfiteusis rivadaviana, los problemas agrarios y las futuras elecciones, las que, dicho sea de paso, siempre serán "robadas por nuestro partido, mi amigo".

La memoria le es indispensable al caudillo. No importa que no sepa escribir. Eso es lo de menos. Tampoco sabe lo que es la enfiteusis rivadaviana, y sin embargo, ya ven, habla tranquilamente de ella. Escribir o hablar bien es secundario. Lo necesario es recordar. Le presentan a Juan Pérez. Se fija bien. Lo observa, lo esteriotipa en su retina. Lo encuentra seis meses después en cualquier parte y, al verlo, exclama alborozadamente:

—¡Hola, mi querido amigo Juan Pérez! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué es de su vida, che? Venga, vamos a tomar algo.

El otro se traga el anzuelo como una inocente trucha. Se emociona. Y, lógicamente, piensa regocijado:

—¡Qué banca tengo!

El caudillo debe saber si la trucha tiene o no familia. No debe meter la pata, como cuando escribe, sino que ha de ser cauto y hablar si está seguro. Si tiene la certidumbre de que su presunto elector es casado y tiene hijos, ha de preguntar campechanamente:

—¿Y qué tal la señora, che? ¿Y los pibes?

—Muy bien, doctor.
—¿Cuántos, che?
—Cinco, doctor.
—¡Lindo, che! Saludemelós, ¿quiere? Lo mismo a la patrona. En cuanto pueda los voy a visitar.
—¡Gracias, doctor! — exclama la trucha a punto de llorar por la emoción que, entre otras cosas, acaba de doctorar al pillastre.

¡Porque, señores; todo caudillo es doctor, o "dotor" ¡Unos se lo dicen por adularlo, porque son más vivos que él; otros porque no pueden hacerse a la idea de que un "tipo de arrastre" no sea doctor; y los más porque están habituados a decirle doctor hasta a los milicos de las subcomisarías de campaña. Unen el doctorado a todo principio de autoridad, uniformada o civil.

El caudillo, si tiene pasta de predestinado, debe dejarse llamar doctor. No debe sonrojarse como un hombre decente. Por el contrario; a cada "doctor" que le espetan, él debe hacerse el sueco y aceptarlo como una cosa que le pertenece. ¿No ocurre lo mismo con los dineros del estado? ¿Y con las propiedades? ¿Y con los préstamos que le hacen? Triunfa, roba y se queda tan fresco, como cuando le dicen doctor.

Lo curioso es que el perdulario llega a acostumbrarse de tal manera al titulito, que termina por enfadarse si no se lo endilgan.

El caudillo se debe a sus correligionarios, o, como él dice, "a sus amigos". ¿Cae preso? ¡A la Jefatura! ¡Hay que hacerlo largar!

—¡Pero vea, doctor, que ha muerto a uno de diez puñaladas! — le informa el Jefe.

—¡Déjese de macanas, che! ¡A cualquiera se le va la mano!

—¡Sí, pero el Juez...!

—No se preocupe, mi Jefe. Yo lo voy a ver. ¿No ve que yo lo hice nombrar?

El Jefe de Policía, al oír ésto, recuerda de súbito con sobresalto, que él también, como el Juez, le debe el puesto al caudillo. Piensa en que con la misma facilidad que lo hizo nombrar lo puede dejar en la calle. Y se le acaba el tabaco. Todo conato de resistencia a largar el preso desaparece. Y lo larga.

Desde ése instante, el caudillo tiene un incondicional que se hará achurar por él. Mañana sacará a otro "amigo", pasado a otro. Todos, más o menos, por el mismo delito, porque el ejemplo y la confianza cunden. Y así, cuando menos lo piense, el caudillo tendrá una "guardia de honor" que, por cierto, no habría envidiado Napoleón Bonaparte.

Pero el caudillo se enorgullece de ella, y se hace seguir por ella a todas partes. Y la "guardia" lo sigue, con una enternecedora fidelidad, dispuesta a hacer la vivisección del primer zonzo que se meta con el "doctor".

Yo vi una mañana, en el patio terrizo de una jefatura política de campaña, de cuyo nombre, — demás está decirlo, — no quiero acordarme, esta escena que si no es digna de los antiguos griegos, no es por culpa mía, pero de cuya autenticidad doy absoluta fe, y, si ustedes quieren, mi juramento profesional.

Llega el caudillo bien temprano a la Jefatura, porque todo caudillo debe ser madrugador. Llega,

y da orden al Jefe de que haga formar a los presos en el patio terrizo, formando un semicírculo delante de él. El Jefe obedece en el acto. Los presos, medrosos y de una desconsoladora astrosía, forman como se les ordena, presentando así el documento antropológico que pudo soñar Lombroso. Frentes angostas, escurridizas, cabezas triangulares, desgreñadas; ojos hundidos, pequeños, estriados de sangre, otros fuera de las órbitas, espantados; tipos estrábicos, patojos, quemados por el sol y los vientos de las cordilleras; bombachas raídas, alpargatas, harapos.

El caudillo, de pie, los observa en silencio. Nadie se mueve. Cuando la espectación llega a los límites de la más austera profundidad, el caudillo se acerca majestuosamente al preso que inicia el semicírculo. Lo mira, lo escruta, lo mide de pies a cabeza con ojos inquisidores. El infeliz tiembla. Contiene la respiración. Su aspecto infunde una pavorosa lástima. Por fin, el caudillo habla, con voz entre autoritaria y familiar:

—¿Quién sos vos?

—¡Ciriaco Cruz, doctor! — tartamudea el pobre.

—¿Por qué estás aquí?

—¡Y... doctor... vea...! Me pelié, ¿no?, y le hice un tajo al otro.

—¡Ajam! ¿Y lo mataste?

—Así dicen, dotorsito...

—¡Bueno, mirá! Te mandás mudar, ¿sabés?, y tené cuidado cuando volvás a pelar el cuchillo. ¡Ah, y pasate por el comité para que te inscriban!

El otro quiere llorar, quiere abrazar y besar al "libertador". Pero el caudillo, dada su natural mo-

destia, lo rechaza, y ahonda el dramático instante, diciéndole al desventurado:

—Tomá, che, estos diez pesos.

El "indultado" sale de ahí y se va al comité como por un tubo a inscribirse. ¡Y que nadie lo ataje para disuadirlo, porque lo hace churrasco!

El caudillo, espectacularmente, y satisfecho del primer éxito rotundo, se acerca a otro preso. Este es más explícito en sus respuestas. Elocuente en su pasmosa síntesis.

—¿Cómo te llamás?

—Eugenio.

—¿Qué has hecho?

—La maté a mi mujer.

—¡Qué bárbaro! ¿Y por qué, che? — pregunta el caudillo en tono socarrón, impresionado, sin duda, por el laconismo seco del delincuente.

—Porque no me dejaba vivir con mi cuñada.

—¡Chino bárbaro! ¿Con la hermana de tu mujer?

—Claro, po.

—¡Ite en seguida, animal! Tomá estos pesos. Y te pasás por el comité, ¿no? ¡Tené cuidado con macanearme, porque te hago tráir de nuevo pa que te lonjeen!

El caudillo sigue así, hasta limpiar el patio de la Jefatura con la deslumbrante escoba de su generosidad. Los presos han salido de los calabozos, y se han ido al comité. El Jefe ha seguido al caudillo en silencio, aprobando siempre con movimientos de cabeza, satisfecho, emocionado ante tamaña bondad, como los cuatro o cinco "amigos" que han presenciado la "gauchada".

Un día hubo elecciones. El nombre del caudillo

irradiaba en primer término en la lista de senadores provinciales.

Estas son, cumplidamente embellecidas y vigorosamente disimuladas, las cualidades fundamentales, básicas, imprescindibles, del caudillo pueblerino. Podría haber substituído una que otra palabra en holocausto de la verdad. Por ejemplo: caudillo, por cacique. Pero equivaldría a inferir una graciosa ofensa a los aborígenes.

DE LAS DIFERENTES ESPECIES DEL CAUDILLISMO DE CAMPAÑA

EL SIMULADOR

Empezaremos por éste, que llega un día al pueblo sin que nadie se percate de su presencia. Anda de aquí para allá sin ser advertido. Es como una perdiz en el monte. No se le ve, o se le ve sin prestarle atención de ninguna naturaleza. Por donde resulta menos importante que una perdiz, pues a ésta, si la descubrimos, la hacemos objeto de nuestra puntería si vamos de excursión cinegética, y si no llevamos armas, la miramos casi a nuestro alcance entre un par de interjecciones más o menos honestas.

Pero el señor de que hablamos no es visto por nadie, como no sea por su barbero o su sastre, admitiendo la hipótesis de que haga uso de los servicios de ambos.

Poco a poco, como el maíz que nace y crece, empieza a verse en el pueblo como aquél en el sembrío. Y es que se ha hecho del primer amigo, quien a su vez lo presenta a otro, y éste al de más allá, hasta que puede jugar un truco en lugar de un solitario.

Se echa de ver entonces que el forastero tiene una estampa atrayente; "pinta" o "percha" en su jerga. Es alto, proporcionado, sabe vestir. Además, tiene una cualidad admirable: habla poco. La razón es fácil de descubrir si dice tres palabras seguidas: no sabe decirlas sin desfigurarlas espantosamente. De ahí, entonces, que su viveza criolla le da el mejor consejo: hablar lo imprescindible. Y éste es el comienzo de su carrera política. Porque él, de vez en vez, deja entrever que en la ciudad es tipo de influencia, que ha desempeñado altos puestos administrativos, que ha sido candidato a diputado y que se ha venido aquí "porque hay que hacer algo por la unificación del partido en la campaña".

Alguien lo visita una vez, y ve, en efecto, que de las paredes de su habitación cuelgan a guisa de cuadros, cartas escritas a máquina y firmadas por algún político conocido, nombramientos de distintas reparticiones públicas provinciales y listas impresas de candidatos a concejales y a diputados, en las que figura su nombre, documentos, todos ellos, más o menos auténticos.

Este fortuito descubrimiento cunde por el pueblo. Corre sigilosamente entre rostros admirados. Se bordan comentarios sobre la modestia del hombre que así desperdicia lo que tiene.

El lo sabe, y en lugar de hacerse más expansivo, habla cada día menos. Lo único que ha variado es su actitud. Camina más erguido, con cierto aire de preocupación y de insinuante altanería. Su círculo de amigos crece, se extiende, se ramifica. Llega él al bar o al club lugareños, y es rodeado en seguida por sus nacientes admiradores. El se sienta, cruza

elegantemente las piernas, observa, escucha, se deja mirar, y, en su perfecta oportunidad, dice alguna cosa certera, sugestiva; y vuelve a callar. Sus amigos se asombran, la admiración se dilata, y va envolviendo al futuro caudillo en una maravillosa red de voluptuosidad.

Empieza a hablarse de reorganizar el partido, trabajo que, dicho sea al pasar, tiene la virtud de echar a perder las cosas del todo. Todo es que empiece a reorganizarse un partido en la campaña, para que, si hasta ese entonces había diez fracciones del mismo, se transformen en veinte como por arte de magia. Aparecen "parecistas", gonzalistas", rodriguistas"; "blancos", "azules", y "amarillos" como los sapos después de los chaparrones de verano. Y el delegado del Comité Nacional se vuelve con todos los sapos en la cabeza.

El simulador aprovecha el río revuelto. Todos los ojos se dirigen a él como a un ser providencial. El sigue callando. Deja hacer a los otros. Su nombre comienza a sonar en todos los corrillos. El se hace cada vez más cordial, más cauto y silencioso.

Nadie sabe de qué vive. Pero invita a comer a sus correligionarios. Compra automóvil, pasea a sus amigos, va al comité, a las fiestas. Mas tiene especialísimo cuidado en no abandonar su aire de misteriosa circunspección. El sabe bien que todo el secreto de su éxito está en eso. Y se atalaya en su silencio. Es impenetrable. Nadie conoce su pasado, a no ser por sus fragmentarias referencias; nadie sabe quién es y de donde saca dinero para arrastrar automóvil.

Acude a las carreras criollas los domingos mon-

tando un hermoso animal. Juega, gana, pierde. Pero no se queja ni se entusiasma. Todo lo hace con una absoluta indiferencia que le sienta muy bien.

Llega a una reunión política donde se churrasquea y se bebe, y oye gritar su nombre por primera vez. Buena señal que se repite ahora con más frecuencia, hasta que termina por habituarse a que saluden su llegada de esa manera.

Su popularidad es evidente. Los milicos de la jefatura empiezan a hacerle la venia cuando lo encuentran, indicio inconfundible de que comienzan a temerle los que todo lo esperan del caudillo político.

Se reorganiza, o se desorganiza el partido. El simulador, por unanimidad de votos o con la disidencia de los incondicionales de los que se ven desalojados por el advenedizo, es elegido presidente del comité departamental. Ya tiene las riendas en la mano. El camino está abierto. Todo es cuestión de esperar y seguir callando y maniobrando. Cuanto más callado, mejor. Lo demás llega solo.

El gobernador, — o el interventor, porque hay provincias abonadas a las intervenciones federales, — se anoticia de que en el lejano departamento está tallando fuerte el nuevo caudillejo. Y ya tiene el calor oficial, sin cuyo requisito todo lo demás no vale un cuerno.

Un día el señor gobernador, — o el señor interventor, — visita el departamento. El caudillo organiza una recepción popular. Quinientos jinetes, — ¡y quinientos caballos, por cierto! — con el caudillo a la cabeza reciben al personaje. Este se asombra, se asusta, se regocija a la vez. Abraza al cau-

dillo en presencia de los quinientos caballos y de los quinientos jinetes que aclaman y vociferan enardecidamente los nombres de los que se abrazan. Entre los jinetes, casi todos convenientemente borrachos, hay más de uno que llora de ternura frente a la dulce escena. Y esta es la primera apoteosis de aquel que llegó un día al pueblo sin ser visto por nadie.

Se aproximan las elecciones. El caudillo es llamado telegráficamente por el gobernador o el interventor. Muestra el telegrama con estudiada displicencia, como la cosa más natural del mundo, y calla. No hace comentarios.

A partir de este instante el caudillo inicia una serie de viajes de ida y vuelta a la ciudad. Lo despiden a gritos en la estación. Lo reciben a gritos. Se apelotonan a su alrededor. Todos quieren hacerse ver a su lado. El sonríe, calla, saluda, palmotea.

Empiezan los pedidos de empleos. El caudillo es asediado en la calle, en el bar, en el club, en la estación, en su casa. El promete con parquedad, pero tratando de que sus breves palabras sean creídas.

Ya tiene, como es lógico suponer, su guardia de matones y un amigo íntimo que se pavonea a su lado y que trata de imitarlo en todo lo posible. Ya le llaman doctor. Y él se deja llamar. Ahora le hacen la venia, no solamente los pobres milicos, sino también los cabos y sargentos. Dentro de poco se le cuadrarán el comisario y el jefe político.

Otro día el gobernador, — o el interventor, — le da doscientos nombramientos en blanco para que los reparta entre sus "amigos". ¡Ya es potencia en

el pueblo! Deja de saludar a todas las personas honradas. Empieza a repartir las prebendas con cautela, parsimoniosamente. Se hace de rogar una semana, dos, tres. Pero al fin nombra al postulante. ¡Doscientos nombramientos firmados en blanco por el gobernador o el interventor! ¡Ahí es nada!

El jefe de policía, el juez de paz, el intendente, le sonríen melífluos. Lo saludan con reverencias. Quieren entrar en su austera intimidad. Pero él sigue callando. Una palabra aquí, otra allá. Todos lo admiran, lo adulan, lo acompañan. El deja hacer sin inmutarse. Sonríe, pasea, trabaja por la causa en silencio, con abnegado fervor apostólico.

Cuando está en presencia del gobernador, — o del interventor,—es otra persona. Es humilde, servil, obsequioso. Insinúa cargos contra los que pueden desplazarlo, echa sombras sobre sus enemigos políticos, desliza insidias, calumnias, intrigas. Pero todo con habilidad, con elegancia de traje de confección, como si lo hiciera muy a pesar suyo.

Su prestigio crece. Sin su valiosa y desinteresada cooperación ya no es nada posible. El que no lo saluda, es su opositor, así sea la reencarnación de San Francisco o de San Agustín. Y lo persigue con su lucha sorda y ciega, disimulada y pertinaz.

En las reuniones políticas callejeras se vitorea su nombre. Se le pide que hable. Pero él no acepta. ¡Ya hizo un papelón una vez! ¿Qué va a decir? Sabe que no podría hilvanar diez palabras consecutivas sin intercalar veinte estupideces y otras tantas barbaridades. Su silencio se toma por modestia. Y él elimina así las dificultades.

Se avecinan las elecciones, puesto que de alguna

manera hay que llamar a estas trapizondas, y el caudillo es elegido candidato a diputado o a senador. El comité lo ha proclamado en pleno. Su comité, se entiende. Porque los "perecistas", los "gonzalistas", los "blancos" y los etcéteras, también tienen sus respectivos candidatos. Pero no así el calorcito oficial. El simulador los ha revolcado a todos. ¿Y los doscientos nombramientos? ¿Y el abrazo del gobernador o del interventor? ¿Y las esperanzas que se cifran en él para acomodarse? ¿Qué son, moco de pavo, señores?

Una mañana, en vísperas electorales, el pueblo todo amanece embadurnado de carteles con el nombre y el retrato, de empaque levemente heróico, del caudillo. Las leyendas que lo acompañan, salvo los errores de ortografía y los insultos a la oposición, son siempre las mismas: "¡Viva Fulano!" "¡Voten por Fulano!" "¡Si quiere salvar a la provincia, vote nuestro candidato!"

Hay carteles en las paredes de todos los edificios públicos y privados, en los troncos de los árboles, en los puentes de las carreteras, en las confiterías, en el club, en la corrocería de los automóviles. La efigie del caudillo, en fina miniatura de esmalte, resplandece en las solapas de los "amigos" a guisa de escarapela. ¡Fulano aquí, Fulano allá, en la sopa, en el sueño, en las alpargatas. La honesta luna del pueblo se ha salvado de la pegatina porque está en menguante.

Se organizan manifestaciones públicas con bandas de música, entre cuyos componentes reconocemos con cierto intimo alborozo a nuestro barbero, a nuestro sastre, a nuestro zapatero, soplando desaforadamente en sus bombardinos y clarinetes.

El caudillo va a la cabeza de los manifestantes. Camina despacio, digno, ligeramente altivo, entre sus dos amigos íntimos que lo llevan del brazo. Bajo el sol provinciano, cuatro o cinco curiosos miran desfilar a los energúmenos, porque la oposición y las otras fracciones, se han metido en sus casas.

La prensa local, cuyo campanudo lema es: "Yo no cambeo; el que cambea es el gobierno", hace el elogio apocalíptico del caudillo. Los tribunos y procónsules romanos quedan hechos unos infelices al lado del "candidato del pueblo". Todo adjetivo es pálido para ensalzar las virtudes ciudadanas de nuestro ilustre convecino, que será ejemplo de las generaciones venideras".

Mañana o pasado, cuando "nuestro estimado convecino" caiga, y suba su enemigo político o su rival de fracción, la misma prensa hará los mismos elogios de sus personas.

El día de la elección el caudillo está en su casa. Pega, a lo sumo, una recorrida por los comités, y vuelve a enclaustrarse entre sus íntimos. Deja que todos hagan cálculos. El calla, sonríe. Ya sabe que va a ganar. ¡Se lo ha dicho el gobernador o el interventor!

Se hace el escrutinio, ya que algún nombre hay que darle también, y como lo había previsto la clarividencia del señor gobernador o del interventor, "el partido ha robado las elecciones". El caudillo triunfa en su distrito.

Y así se hace dueño y señor del departamento, con vidas, — este truhán que llegó un día al pueblo sin ser visto por nadie.

EL MATON

Veámolos desde sus oscuros comienzos, tan oscuros como su alma y su caletre. Es un muchachote. Le apunta el bozo bajo la nariz curva. Es fuerte, morrudo, atlético. Viste bombachas, calza alpargatas, usa sombrero ancho con barbijo. Anda a caballo que da miedo. Sobre el caballo, por chúcaro que sea, hace lo que quiere. Piala, enlaza, doma, carnea. Toca la guitarra y canta. ¿Qué caudillo no sabe tocar la guitarra y cantar? Si el Mahatma Gandi se trasladara a nuestras provincias y se hiciera caudillo político, no tendría más remedio que aprender a tocar la guitarra de punteo y rasgueo, como a entonar con voz dulzona cuecas, vidalas y chacareras. Tendría que aprender también a jugar a la taba y al truco. ¡Y si no, se volvería a la India sin un solo adepto!

Pero el matón, futuro diputado o senador, no es el Mahatma. Y juega a la taba, al truco, al monte. Si gana, recoge. Si pierde, hace trampa y pelea. El

comienzo de su brillante carrera política estriba en el acierto con que pegue la primera puñalada y en el éxito de su primera trifulca. Si lo corren, ya puede dedicarse a la esquila, a la siembra de alfalfa o a cualquier otro menester virgiliano. Pero si es un elegido, no perderá. Por el contrario. Saca el cuchillo, y lonjea. Alza el puño y desbarata la arquitectura nasal de su contricante, o le pone monóculo, o le transforma la cabeza en un terreno volcánico.

Cae preso, si cae, y el caudillo que tarde o temprano ha de ser desplazado por el matón, lo saca. Es tipo que le conviene. Es un espíritu selecto, digno de su ayuda. El comité lo necesita. Y cría al cuervo que mañana le sacará los ojos.

Como el matón no tiene en qué caerse muerto, los domingos jinetea en las carreras criollas. Monta en pelo, se ata las greñas con un pañuelo, y corre mientras profiere alaridos salvajes. Su competidor, por miedo a las consecuencias nada turfísticas que pueden sobrevenir, se deja ganar. El matón es aclamado. Empieza a hacerse imprescindible. Corre nada más que los caballos del jefe político, del comisario o de cualquier otro paniagudo situacionista.

Llega el matón al comité o a las reuniones políticas, y el paisanaje le abre cancha. Exhibe sistemáticamente en la cintura su cuchillo, y a medida que va progresando, su revólver.

Es parco en palabras, ceñudo, provocador. Habla únicamente cuando está medio "curao". Pero jamás se emborracha del todo.

El paniagudo lo hace su hombre de confianza.

El matón lo sigue a todas partes. Un día le encomienda una misión delicada. El matón la cumple. En el monte, en la carretera, en el río, aparece una mañana el cadáver del opositor o del "amigo" que podía embromar al "doctor".

Como no sufre condena porque nadie le ha podido probar el crimen, y porque de habérsele probado tampoco la sufriría, el matón cobra alientos. Ahora, si las papas queman, apuñalea o tira en el café, en las calles, en el comité enemigo o en las mismas narices de la jefatura de policía.

Su ascendiente se robustece. Ya no es posible realizar una reunión política sin su augusta presencia. Ya es problemático ganar una elección interna si él no está allí con su cuchillo o su revólver. Los triunfos electorales empiezan a ser vidriosos en el distrito si el matón no presta su valioso, inteligente y desinteresado concurso.

Para retribuir atenciones, se le nombra comisario. Hace méritos a fuerza de talero, calabozo y cepo. Opositor que cae en sus manos, sale convertido en correligionario o en papilla. Persigue, castiga, secuestra. Le inventa delitos al señor párroco si éste se descuida.

Cumple las comisiones más difíciles, como disolver reuniones a tiros, asaltar comités, detener al que proteste y al que no proteste, amaestrar milicos para los mismos altos quehaceres. Y ante méritos tamaños el gobernador, — o el interventor, — premia sus señalados servicios nombrándolo jefe político departamental .

Su exterior cambia poco. Sigue usando bombachas, pero de gabardina, botas, pero le charol o

cabretilla: sustituye la modesta faja de lana por la rastra de plata; deja el barbijo, pero no el sombrero de alta copa y anchas alas, ni el pañuelo de seda blanco anudado al desgaire. Y echa un "cuarenta y dos" al cinto, con empuñadura de nácar, cuyo caño amenazador asoma de la pistolera, por debajo de la chaqueta.

Exorna las paredes de su despacho con el retrato de su gobernador o interventor. Hace comparecer a todo opositor inflexible. Provoca altercados espectaculares, abofetea, cruza la cara a rebencazos amparado en el poder mezquino de la impunidad y de la fuerza. Se apodera de lo que no es suyo, a fin de ir adiestrándose para cuando sea diputado o senador.

Ayer no tenía nada. Hoy posee su finquita, sus vaquitas. buenos caballos, y un buen día automóvil.

Pero la jefatura no es para él. Es hombre modesto. Prefiere estar en el llano, para luchar por la causa como soldado raso. Renuncia. En realidad es porque su ambición lo ahoga. Quiere llegar más arriba, a la Legislatura por ejemplo, y, si mucho lo acogotan, a la gobernación. La riqueza viene sola después. En fin, sola no. Habrá que atraerla, pero los imanes son muchos y poderosos.

Como todos sus congéneres, cuando está en presencia de sus superiores, calla, obedece, sonríe, adula. Por otra parte, no hay gobernador o interventor que se anime a gritarle. Le gritan al advenedizo, al intrigante ambicioso, al servil, pero no al matón. Puede dársele vuelta, pasarse a las filas contrarias, ¡y adiós mi plata!

El sabe ésto, sabe que se le teme, que nadie lo va

a basurear. Pero no lo dice. Calla, sonríe, y hace su trabajito.

Goza de la absoluta confianza del caudillo de la provincia, del goberndor, del interventor, de los ministros y de los miembros de la Honorable Cámara de Diputados.

En el departamento no se mueve un títere sin que se le consulte.

El hace nombrar, destituir, trasladar. Está en la jefatura política sin más jerarquía que su poder; entra con sombrero en el despacho de los jueces; hace condenar o absolver; pide la prisión de Fulano, la deportación de Mengano, la cesantía o traslado de tal o cual funcionario que no se le rinde. El gobernador o el interventor tienen que atenderlo en sus pedidos si quieren mantener el baluarte.

El matón sale a chinitear de noche. Entra en los ranchos pobres donde hay criollas bonitas a las que les lleva regalos: cortes de géneros, aguas de olor, pañuelos de seda, alhajas baratas. La que no cae por la tentación, cae por la fuerza o por la ignominia. Si la chúcara tiene marido, lo hace meter preso a éste, lo secuestra, hasta que la referida se rinde de una manera u otra.

Si un postulante tiene hermanas o mujer, busca la forma de que sean éstas las que vayan a pedirle o a implorarle el puestito. El pone condiciones, abiertamente, sin reparos ni escrúpulos sentimentales.

Otro tanto acaece si se trata de un negocio. El matón pone precio a la firma que va a conseguir.

—¡Pero es mucho, mi amigo!

—¡Qué quiere! Yo tengo que darle la mitad al ministro.

A veces miente, a veces dice la verdad, dura verdad casi siempre. Y el negocio se realiza.

La fortuna del matón crece. Ya tiene estancias lejanas, puestos de cabras aquí y allá, campos, casas, caballos de sangre.

El automóvil del matón es el mejor del pueblo. Anda a todo lo que da, siempre con el escape roncador abierto. No respeta las ordenanzas de tráfico. Se introduce de contramano y se detiene donde nadie puede hacerlo. Cuando se achispa bebiendo, se mete con el automóvil en la plaza o en las veredas anchas, lo que es festejado por sus amigotes estruendosamente. Descarga su revólver por que sí, para atemorizar, para llamar al mozo en la confitería, y, sobre todo, para que su arma y su poderío no sean perdidos de vista por nadie.

Los periódicos lo elogian, como al singular, como al logrero que ya ha sustituido o que va a sustituir a la corta o a la larga. Las personas honradas lo desprecian, pero él se muere de risa. ¡Ya las verá caer por cualquier motivo! ¡Ya necesitarán de él! Entonces se toma la revancha haciéndolas esperar, o extorsionándolas, o insultándolas.

La casa del matón, cuando él está en ella, es un muestrario de gandules que esperan a que los reciba. El se complace en alargar el emocionante momento de la entrevista. Le gusta hacer ostentación de su importancia. Atiende, pregunta, garabatea en una libreta para hacer creer que sabe escribir, y después se olvida de todo o cumple cuando tiene especialísimo interés.

Como el matón ya tiene fondos en el banco, se ha visto en la desesperante necesidad de aprender a firmar. Se ha pasado largas horas encerrado borroneando papeles y escribiendo su nombre, como un escolar a quien el maestro le ha obligado a escribir en su cuaderno quinientas veces la misma frase: "Debo ser respetuoso en la escuela", "Debo ser respetuoso en la escuela".

Por fin ha aprendido a firmar. "Chá, qué trabajo!" Mucho más difícil que manejar el cuchillo. Los cheques se los llena un amigo que oficia de secretario; él los firma, mientras larga palabrotas contra el infeliz que inventó la lapicera, la pluma, la tinta y la escritura.

La primera contienda electoral lo tiene entre sus augustos candidatos. Y triunfa poniendo en juego todos los resortes "legales" de que dispone y de que hace gala la demagogía. El matón ya es miembro de la Legislatura. Tiene que hacer frecuentes viajes a la ciudad para asistir a las sesiones. Se ve en la terrible obligación de ponerse cuello y corbata. Reniega de la diputación cada vez que tiene que calzarse los botines en lugar de sus cómodas botas de cabretilla. Pero no transige con el sombrerito de ciudad. ¡No faltaba más! ¿Es que lo quieren transformar en cajetilla? El sigue usando su enorme sombrero montañés o llanero, de ala tamaña y copa ligeramente abollada. ¡Y que no lo "fastideen"! ¿No? Porque es capaz de aparecer un día en el recinto con mancarrón y todo. Por otra parte, no sería el suyo el único caballo de la Honorable Cámara. ¡Ay, no, señores!

¿Y qué hace en las sesiones legislativas? ¡Bah,

lo que tantos otros honorables colegas! Llega, ocupa su butaca con aire fanfarrón, toma café en el platillo para enfriarlo, fuma, mira, y cuando tiene que votar, vota, de acuerdo, claro está, con sus compañeros de sector, lo que es óbice, por cierto, para que él ponga precio a su voto como el que sabe leer y escribir, o como el "doctor", cuando "los sagrados intereses de la patria están de por medio".

Y ya lo tenemos al sujeto transformado en potencia política y en acaudalado estanciero. Pero sigue siendo el mismo delincuente de ayer, cuando de bombachas raídas y alpargatas, y de cuchillo en la faja, iba a las carreras a servir de monta para ganarse unos pesitos, o como después, cuando hacía desaparecer a los opositores o los despellejaba en la calle como a conejos.

Sigue disfrutando de un tenebroso prestigio y de sus rentas cuantiosas. Pero todo lo merece. ¡Se ha sacrificado por el partido, señores!

¡E inocente de aquel que crea que en todo lo que se lleva dicho hay exageraciones! Si de algo pecamos es de cortedad, porque al fin y al cabo cualquiera pone alguna distancia entre su querido pellejo y la violenta cirujía de algunos improvisados discípulos de Hipócrates.

EL FATALISTA

Este es, sin duda posible, el único ejemplar de la pintoresca fauna que logra inspirar alguna simpatía. Lo ha hecho caudillo una serie de circunstancias más o menos favorables. Pero no lo es por vocación. Es efecto, y no causa. Se ha resignado a ser caudillo como se resignó Cervantes de su manquedad cuando perdió su brazo. Acepta en silencio su destino, sin rebelarse, porque eso le traería molestias que él quiere evitar a toda costa.

Contrariamente a lo que ocurre con estos saguaipés de la sociedad, el fatalista es hombre de fortuna. Si llega, pues, a soñar con una banquita de diputado, lo hace más por vanidad que por razones personales, e impelido por sus amigos que ven en él un medio seguro de acomodarse. El no necesita enriquecerse haciendo negocios africanos.

A esta primera circunstancia hay que agregar otra no menos importante: el fatalista es obeso. Su majestuosa adiposidad le cierra el camino de la

acción, y es ella la que lo ha llevado a esa especie de estatismo búdico que lo envuelve en un halo de mística conformidad.

Su volumen lo ha hecho determinista. Todo lo acepta como una cosa perfectamente lógica, menos cualquier atentado a su austera poltronería.

Cuando no está en su casa sentado en una mecedora, abanicándose parsimoniosamente bajo el parral provinciano, lo encontraremos en el bar lugareño ante su medio litro de cerveza incesantemente renovado.

Cuatro o cinco tiburones de la demagogía le han hecho creer que un hombre de sus extraordinarias prendas personales, está llamado a ocupar, por propia gravitación, los más altos cargos electivos de la provincia.

El ni cree, ni deja de creer. No quiere someterse a un severo autoanálisis para ver si tienen o no razón los malandrines. Eso le requiere un esfuerzo mental que no está dispuesto a hacer. ¿Eso dicen? ¡Bueno! ¡Así ha de ser, mi amigo!

Los improvisados adeptos, que saben perfectamente lo que quieren, empiezan a usar el nombre del fatalista como bandera. Anteponen al apellido un apodo familiar y cariñoso: "El gordito Pérez", por ejemplo. Esto le agrada. ¿Por qué va a decir que no?

El gordito Pérez, o el gordito, simplemente, es ya estandarte de fracción. Ya hay "gordistas", o "perecistas". ¡Y esto, confesémoslo señores, le gusta al más pintado!

El fatalista no conoce el "Laissez faire, laisser passer" que hizo suyo Gounay, pero, como es u

predestinado, lo adopta subconcientemente, por donde constatamos una vez más que la Historia se repite y que los genios y los grandes estadistas se encuentran.

Nuestro caudillo no altera ni a garrote sus arraigadas costumbres, simples de toda simplicidad. Se levanta, toma mate, recibe a sus amigos, va al bar en su automóvil a dar cuenta de varios aperitivos; regresa a su casa, almuerza, duerme su siestita, de cuya institución es miembro conspicuo y vitalicio, — vuelve a levantarse, que es su segundo gran trabajo del día, y se reincorpora a la vida del bar, frente a su benemérito y fiel medio litro, más fiel y benemérito, por cierto, que la pandilla de cafres que lo rodea.

Todo lo hacen sus prosélitos. Campañas, giras, propaganda mural, intrigas, calumnias, uno que otro tajo, uno que otro balazo, tal o cual pateadura, y algún modesto asesinato de vez en vez para matizar nuestro brumoso tedio provinciano. Pero todo ello en nombre de "El gordito Pérez", que recibe las noticias sin inmutarse, ya en su cama, ya en su mecedora, o en el bar, los tres sitios en que se desenrosca la pesada boa de su portentosa existencia.

Sus arcas son "la caja del partido" y el pan nuestro de sus estimados y dignos correligionarios, que se sacrifican por él y por la Patria.

—Doctor: hay que hacer quiniento cartele.

—¿Y?

—Necesitamo cincuenta peso.

—¡Mucho, che...!

—¡Pero, dotor...!

El doctor "honoris causa" se enternece. Afloja

los cincuenta pesos y piensa que si no se los saca el de los carteles se los sacará otro. Y su gran alma se queda tranquila, como una respetable matrona tomando "la fresca".

—Dotor: hay que hacer un mitín por su candidatura...

—¿Y, che?

—Necesitamo una cuanta vaquillona, una cinco bordalesita de su bodega, empanada...

—Bueno. Voy a ordenarle a mi mayordomo que apronte lo que haga falta.

—Y algunos pesito para trasportar la gente, ¿sabe?, que va a ser mucha.

El fatalista extiende unos billetes y vuelve al limbo de su mecedora o de su cerveza.

—Dotor...

—¿Cuánto querís, hom...?

—Este... véia, dotor...

—¡Bueno, tomá!

Es una manera de ahorrarse el trabajo de oír los mismos cuentos de la mujer enferma, de la madre en el hospital; del hermano preso y del angelito que está sin enterrar desde hace una "punta e días".

El gordito Pérez se contempla en efigie en los carteles murales durante las vísperas eleccionarias que, por lo común, no le van en zaga a las sicilianas. El "dotor" lee ruborizándose levemente las hiperbólicas leyendas que se refieren a su modesta persona. Se pasea en su automóvil al frente de las "huestes" que victorean su nombre; acude a los comités "perecistas", cuyos alquileres, manutención de "secretarios" y respectivas familias, y gastos de propaganda, costea silenciosamente de su

bolsillo hecho al estoicismo del "ejemplar ciudadano que no titubea en sacrificar su fortuna en aras de su pueblo", según la frase apologética de uno de sus oradores.

Jamás una queja, nunca una protesta. "El gordito" sonríe, aprueba, obsequia, firma cheques y garantías, sin salir de su maravillosa somnolencia comarcana. Ya puede venirse el comité central abajo, que si él está "siestiando", sigue metido en su gerundio como un bicho de cesto. ¡Para esto tiene plata y paciencia! ¡Para eso alimenta a una manada de holgazanes y vividores! ¡Para eso es "El gordito Pérez", el "dotor Pérez".

El fatalista, como es lógico suponer, está acostumbrado a perder elecciones, como a dormir la siesta y a beber su cerveza.

Si pierde, sus "amigos" no se inmutan. Su negocio sigue en pie hasta la próxima contienda electoral. Casi les conviene llevar siempre las de perder, porque ellos salen ganando. Si gana, mejor. Pues si el fatalista llega a algún cargo electivo, como él no necesita nada, todo lo que le allega su representación va a parar a manos de sus queridos correligionarios, que son, en consecuencia, los eternos gananciosos.

Pero él, ya diputado o senador, en el fondo de su gran alma evangélica, suele echar de menos una que otra siesta aunque no su medio litro, con el que puede apechugar graciosamente en la cantina de la legislatura.

Y es necesario confesar que el "diploma" no lo ha mareado, como a veces el ambarino derivado de la cebada. El sigue siendo el mismo incondicional de

su pereza, el mismo representante máximo de su cachaza. Su mayor esfuerzo parlamentario consiste en votar.

Cuando termina el período y no es reelecto, vuelve con su impresionante personalidad a su mecedora, a su cama, a su cervecita lugareña y a su papel de mártir vitalicio de su colmena de zánganos.

Y sonríe bonachonamente desde el abismo de su milagrosa filosofía, parapetado tras su medio litro, sobre el cual, dicho sea de paso y en honor a la verdad histórica, labró una vez una brillante metáfora: ''La vida, mis estimados correligionarios, es como un vaso de cerveza. ¡Hay que beberla sin apurarse!'' Y se chupó el objeto del símil en abierta contraposición con su original figura retórica, esto es, de un solo trago y entre los aplausos frenéticos de sus admiradores.

EL YARARA

Vamos a ponernos unos guantes de goma y a trabajar con pinzas. Trataremos, por respecto a nuestros semejantes, de que no aparezcan en toda su plenitud las lacras de este sujeto, el peor de la galería.

El matón es un angelito al lado de la monstruosa sanguijuela que está en estos momentos sobre nuestra mesa de trabajo. Hemos dicho sanguijuela porque somos optimistas y benevolentes. Su verdadera clasificación está entre los ofidios. Y el nombre que mejor le cuadra, yarará.

Lo único que deploro desde el fondo de mi alma es que la auténtica yarará de nuestras selvas misioneras salga perdiendo en el negocio del símil. Pero a alguien debo recurrir para establecer un punto de referencia que dé una idea más o menos aproximada de este ciudadano, hijo acabado de la demagogía criolla.

Si quisiéramos ubicarlo botánicamente, tendría-

mos que hacerle un destacado lugar entre las setas junto a la amanita muscaria y la phalloides, cuyo poder tóxico quedaría eclipsado por el del nuevo congénere.

Ignoro si este caudillo puede ser un producto de ciudad. Yo lo he visto actuar exclusivamente en la campaña argentina, como al puma en el monte y a maese raposo en el gallinero. No puedo hacerme a la idea de que un bribón de esta catadura pueda actuar y triunfar en los conglomerados políticos de las grandes ciudades, deducción errónea, acaso, de mi provinciana ingenuidad.

Tengo el triste convencimiento de que es un fruto que aparece tan sólo en los pueblos de tierra adentro, como las mangas de langosta, la roya, la peronospora, la filoxera, las heladas tardías y otras tantas plagas fatales e irremediables, pese a la respetable intervención de los astrónomos y de la Defensa Agrícola.

Mas quiero dejar sentado para tranquilidad de mi conciencia, que el caudillo que me ocupa sobrepuja en forma brillante a todas las plagas que suelen azotarnos en estos remotos pueblos argentinos en que nos toca vivir.

No importa su procedencia. Puede ser de otro lugar o nativo del medio en que se desarrolla. Lo cierto es que, de no aguantarlo nosotros, lo estaría sufriendo el vecino en el Sur, o en el Norte o en nuestra Mesopotamia.

Lo que nadie ignora es que tiene el alto honor político de acreditar en su pasado un modesto homicidio, varios elegantes abigeatos, una que otra concienzuda sustracción, esta o aquella luminosa

estafa y otros delitos menores que no vale la pena enumerar porque en nada contribuyen a hacer resaltar la gloria inmaculada del caudillo. ¡Los laureles son laureles, y él prefiere las hojas grandes a las chicas! ¡Que nadie le infiera la ofensa de una inocente ratería! ¡El es ladrón, señores, y de los buenos! ¡Conque no lo confundan con cualquier pelagatos! ¿No? Lo han sacado de la cárcel para incorporarlo a la política. ¡He ahí su elogio máximo!

Tiene una virtud natural: la prudencia. El, para cimentar su gloria actual y hacer méritos partidarios, no mata como cuando era un jovenzuelo inexperto. Ahora lo deja hacer por otros que le obedecen; por uno de sus "guardias de honor", verbigracia. Hacerlo él equivaldría a exponer su precioso pellejo y jugarse el albur de hacerle perder al partido uno de sus más dignos representantes. De ahí, entonces, que el bribón no se molesta nunca en sacar su cuchillo o su revólver, como no sea para churrasquear con el primero o para pegar algún julepe con el segundo al pasar disparando su arma frente a los comités opositores, ingenuas distracciones que no pueden acarrearle ninguna molestia.

Dejamos establecido, pues, que lleva sus armas por si acaso. A lo mejor pueden acogotarlo por ahí. Entonces... ¡Bueno, entonces, nunca faltará un buen "amigo" que lo libre del atacante hundiéndole el puñal por la espalda o perforándole el "mate" de un balazo! Porque la vida del caudillo es sagrada, y hay que defenderla para bien del partido y de la austera pléyade de sus afiliados.

Pero en cambio, es maestro consumado en el manejo de otras armas. Nadie como él para calum-

niar a sus enemigos, a los indiferentes y a sus propios compañeros de acción cuando ve en ellos algún estorbo para lograr sus fines.

Tiene una imaginación diabólica, fría, sistemática, adiestrada únicamente en ese alto menester. Calumnia a todo el que no le sigue como un gozquecillo; calumnia al que no se le rinde; calumnia al que desempeña un cargo público que él quiere llenar con uno de sus apóstoles, mediante el sacrificio del inocente. Calumnia al superior político si éste no le da lo que pide, al gerente de las instituciones bancarias que le niega un crédito porque no pagó nunca los que se le concedieron, al jefe de policía si no le suelta al preso que va a pedir, y a todo aquel que le ofrezca la menor resistencia o que se haga necesario eliminar para el mejor éxito de sus "patrióticos" afanes.

Nadie como él para intrigar. A Juan le dice lo que ha dicho Pedro de Juan; a Pedro lo que contesta Juan al enterarse de lo que ha dicho Pedro; a Luis lo que dicen de él Juan y Pedro; a Francisco lo que le concierne en el lío de Luis, Pedro y Juan. Y así, hasta sembrar el odio en toda la comunidad.

Nadie como él para la insidia. La desliza con arte incomparable, como quien silba al descuido una cuequita zandunguera. La semilla cae en buena tierra; florece, pero no en rosas ni heliotropos, sino en forma de trifulca oratoria, de sopapo, tiro o puñalada.

Si alguien le descubre el jueguito, él se lo revuelca al descubridor con el más convincente de los discursos, pronunciado entre sonrisas y palmoteos. El

chivo cae en el lazo, y se queda tranquilo. Si porfía, peor para él. Cualquier noche lo llevan al hospital regional herido de bala, o de arma blanca o desfigurado el rostro a fuerza de rebencazos. Pero desconoce a sus atacantes. No los pudo individualizar en la sombra. Si sobrevive a la pateadura, se hace su composición de lugar, que es la de transformarse en "íntimo" del caudillo y pasar así del puesto de golpeado al de propinador de golpes, que, justo es confesarlo, siempre es más ventajoso y elegante.

El truhán, por lo común, dentro de su partido, forma siempre una fracción aparte. ¿Se llama González? Tiende, pues, a que haya "gonzalismo" y, por ende, "gonzalistas". Los demás, pese a su enternecedor papel de correligionarios, son sus enemigos, no políticos, sino personales. Y en dividir así los grupos y la "unidad partidaria", se pasa las horas más bellas y profundas de su digna existencia.

Esta lid oscura, tenaz, canallezca, le da la oportunidad de poner a prueba la eficiencia de sus armas. Su lengua es un receptáculo de veneno tan poderoso, o más, que el de las sobredichas setas. Sus palabras tienen garras. Se desliza sigilosamente, sombrío, rencoroso. Se oculta, y muerde. No la pongamos a la yarará frente a él, porque se apabullaría de miedo y se escurriría en la selva buscando la protección de las lianas, con el consiguiente papelón para la familia.

El truhán tiene otra característica notable. Odia con toda la fuerza de su generoso corazón a todas las manifestaciones de la inteligencia. No le pidamos que transija, porque no lo hará. Es irreducti-

ble, feroz, implacable. Es capaz de hacer apalear al cronista social del periódico del pueblo por el sólo hecho de considerarlo periodista. Si en la inocente quietud virgiliana de la comarca se ha refugiado un pobre diablo que hace versos, ¡leña con él y con las nueve musas! "¿Pero no ven, amigos? ¡Uno, y nueve, son diez! ¡Todo un partido político que nos puede hacer perder las elecciones el día menos pensado!"

Pero la realidad es que el pobre diablo de la referencia no ha saludado jamás al matuasto en sus fortuitos encuentros por las calles pueblerinas. El pobre diablo anda siempre solo, con un libro o con los periódicos que acaban de llegar. El caudillo sabe que podría serle útil, pero el pobre diablo es digno y no lo saluda jamás. Esto irrita al lagarto, subleva su rancia hidalguía y le abre una guerra sin cuartel.

Si alguna vez le dicen al caudillo que el pobre diablo ha publicado unas cositas en las que nombra a un señor Píndaro, a un tal Apuleyo y a un tal Cicerón o Séneca, él, con cierta bramadora cólera mosaica, exclama:

—¿No ven? ¡Lo que yo digo siempre, canejo! ¡Ese tipo es opositor! ¡Y si no, a qué diablos viene, tan luego aquí, a hacerle tren a esos forasteros... este...! ¿Cómo es que se llamaban, che?

—Apuleio, Píndaro, Cicerón, o cosa así, dotor...

—¡Claro po! ¡Ahura ricuerdo perfectamente! Expulsados del comité nacional, po! ¡Hay que anoticiarlo al gobernador!

Su odio se ramifica hacia el maestro de escuela que no va al comité, hacia el médico lugareño que no

quiere afiliarse a su fracción, hacia el párroco que se niega a asistir a un banquete que se le da al caudillo en vísperas electorales para hacer ruido, hacia el catedrático de la escuela de preceptores que va al bar a jugar su truquito, y, si nos descuidamos, alcanza al benemérito director de la banda de música de la sociedad de S. M. "Los filarmónicos", porque no quiere incluir en su selecto repertorio el "Himno partidario".

El hecho es que el matuasto no pasa a nadie que no esté con él. Y como cualquier individuo que tenga una remota noción de pudor y un poquito de inteligencia, se inclina instintivamente a repudiarlo, él se anticipa y le abre su terrible beligerancia, sin más armas que las de siempre, esto es, la más arteras que puso la bajeza y la cobardía en las manos del hombre.

Este viborón de incógnito, no conoce el trabajo digno que da de comer honradamente. No tiene tiempo para perder en cosas superfluas. Vive de su felonía, de sus amigos, de los que le temen, de las falsas suscripciones que hace entre sus correligionarios, de la caja del partido, de lo que dan los poderosos para las campañas políticas, de lo que usurpa, de lo que roba, de las propiedades y dineros que pasan a sus manos mediante las peores camandulerías, de los anticipos sobre su futura diputación y de todo lo deshonesto y delictuoso, sin excluir los menesteres de las mancebías y otras inocentes ocupaciones de la misma índole.

Jamás se le ve solo. Camina erguido, agresivo, insolente, seguido de su infaltable jauría de guardaespaldas, que va renovándose continuamente, sin

disminuir. En la calle, en el bar, en la plaza, — las tres ágoras pueblerinas, — se destaca su vigoroso esqueleto siempre en medio de un corrillo de logreros menores que viven de él, porque él, a su vez, vive de ellos.

Si por una rarísima casualidad el caudillo anda solo y alguien lo insulta al pasar, él hace oídos de mercader y sigue derecho sin darse por aludido. ¡Ya pasará con su guardia y le pedirá al ofensor buena cuenta de su atrevimiento! ¿Pero él solo, él por sus cabales y sus medios? ¡No, señores! ¡El partido lo necesita! ¡Hay que salvar a la provincia, señores!

Sin embargo, este repudiable ejemplar del caudillismo de nuestra campaña, tiene también una particularidad realmente curiosa. Por lo común, no llega nunca al poder, en ninguna de sus ramas.

Cuando todo hace suponer que el sujeto dejará su cuero de víbora o lagarto para vestirse de diputado o senador, un hecho inesperado, un hecho que no entraba en los cálculos de nadie, — una elección legal, por ejemplo, — viene y lo deja en su perpetua, en su permanente calidad de reptil.

Su caudal de veneno aumenta. Vuelve a empezar. Se hace "situacionista" con una habilidad realmente envidiable. Afila sus armas. Muerde con más furia, envenena las aguas, destruye reputaciones, hasta que se lleva a cabo una nueva elección. Y su nombre, como en los versos de Hernández,

"dentra en todos los barullos,
pero en las listas no dentra".

Lo cual, dicho sea con verdadero alborozo, no deja de ser un hondo e íntimo consuelo.

Pero esta contingencia no basta, porque un buen día el yarará puede acertar la jugada. Entonces lo vemos en los sitios que debieran estar reservados para la capacidad y la decencia.

Su táctica no varía. Se hace rico. Y en una de esas, en lo mejor del baile, — como quien dice, ¿no?, — llega una intervención nacional. Caducan los poderes, se cambian los jueces, — ¡que para eso son inamovibles, señores!, — se inician procesos a diestra y siniestra. Y el yarará va a parar a la cárcel de donde lo sacaron un día para incorporarlo a la política, la que lo lleva de nuevo a la celda.

¡Pero no nos aflijamos, señores! La sociedad no puede verse privada de tan ponderable elemento de cultura. ¡Ya lo sacarán de nuevo para reincorporarlo a la política!

EL UNIVERSITARIO

Este es el bravo, cuando sale de ley. Porque los otros, el simulador, el fatalista, el matón, el yarará, no se atreven nunca a salir de los límites de su pueblo. Son modestos en sus oscuros sueños de conquistadores. Pero el universitario, el doctor auténtico, — sobre todo si es un mal médico o un mal abogado, como es frecuente, — cuando se mete en política es porque sus cosquillas no han de parar de molestarle hasta no llegar al Congreso Nacional o a la Gobernación de la Provincia.

Llega a la posesión del título en una brumosa universidad, después de haber sudado sangre y tinta. Enrosca cuidadosamente el diploma, y se larga a su provincia natal, porque, conociéndose como se conoce, sabe que en cualquier otra parte, si es abogado, terminaría en la cárcel, si médico en enterrador, cuya secreta analogía en ambos casos no escapará a ningún espíritu avisado.

De ahí que, hombre precavido, regresa a su te-

rruño con su precioso doctorado envuelto en papel de seda y atado con una cintita.

Si la suerte le es adversa, ¿qué mejor que dormir en el penal de su tierra y que enterrar a sus parientes y amigos? Pero él sabe que eso no va a ocurrir. Sabe muy bien que la política provinciana es un campo inmejorable para el que trae un diploma de doctor. Porque en política, se siente la enternecedora necesidad de decirle doctor a todo el que se lo deje decir sin inmutarse, y a todo aquel que por una circunstancia u otra puede hacer "algo" en el gobierno.

Cae, pues, el doctor, — médico o abogado, — y después de recibir el homenaje de sus amigos "por el brillante éxito obtenido en sus estudios", procede a la apertura de su bufete o consultorio. La chapa de bronce, con su resplandeciente nombre grabado en letras grandes y claras, la traía escondidita en su equipaje.

El sabe bien que es poco menos que inútil esperar al desprevenido e hipotético cliente. Consecuente con sus deducciones, sale él en su busca.

Si es médico, corre la voz entre el pobrerío de que él, el Doctor Erastótenes Rupestre, no cobra las visitas a "naides". Por el contrario: socorre con sus dineros y regala los medicamentos que receta a todos los enfermos necesitados.

Basta que lo haga con uno para que la noticia de la conmovedora generosidad del doctor Rupestre corra como una rata por todos los ranchos de la campaña. ¡Pero el doctor Erastótenes sabe muy bien por qué ha largado la rata! ¡Allá, en el séptimo círculo de su conciencia, se incuba la idea genial!

Si es abogado, su táctica es la misma. Se entera de que un cuatrero ha caído preso por haber degollado piadosamente a una familia. El abogado se emociona, y se ofrece al malandrín como defensor. ¡Su alma es grande, y no puede ver sufrir a nadie sin conmoverse como una doncella romántica!

Lo agarra al cuatrero por su cuenta, y, entre una cita y otra del código correspondiente, lo hace aparecer ante los ojos de los jueces como a un querubín inocente y filarmónico, que un día, "¡vaya a saber por qué oscuros designios!, llevado por la fuerza ciega de la fatalidad, señor Juez", se arma de un cuchillo de medio metro de largo y degüella,—¡oh desventurado!,—a toda una familia como si sus componentes fueran terneros o lechones.

Hasta aquí, todo es de una meridiana claridad, señores. Lo que no están claras, — ¡y líbreme Dios de aclararlas!, — son las razones que aduce el Juez para dictar el sobreseimiento definitivo del cuatrero, con la expresa constancia de que el proceso no afecta su buen nombre y honor, como creo que es de práctica, si no me fallan mis espantosos conocimientos jurídicos.

Dichas escondidas razones, colijo que hay que buscarlas en el comité, o en la fuerza del caudillo mayor, ya que todo cuatrero es elemento ponderable que no debe ser despreciado por ningún demagogo inteligente.

El hecho es que el flamante abogado logra su primer éxito rotundo, aplastante. No exije honorarios, y si el cuatrero se empeña en abonárselos, el defensor se conforma con cincuenta pesos, o con veinte. Lo importante no es eso. Lo importante es que ya

tiene un incondicional, un portavoz de su hidalguía y desprendimiento y, si las cosas marchan, un socio para el futuro.

A partir de este lisonjero estreno profesional, el doctor Erastótenes Rupestre se dedica pura y exclusivamente, con toda la generosidad de su inmenso corazón, a defender causas criminales. Pero no de criminales pudientes, sino de criminales sin fortuna, — ¡que de todos los hay en las viñas de Satanás!, — sin más medio de vida que su humilde cuchillito o su revólver destartalado.

Los homicidas, ladrones y matreros están de parabienes. El gremio, de una limitada selección, sabe que tiene en el doctor Rupestre un abnegado defensor. No quiere cobrar ni a garrote. Su magnanimidad empieza a cobrar contornos de leyenda áurea. Toda su ciencia jurídica está al servicio de la delincuencia desvalida y abandonada. Toda su preparación retórica, es furiosamente ordeñada para extraer símiles sorprendentes que demuestren la dulce inocencia y la candorosa alma del procesado. No hace la apología del crimen, pero sí la del criminal, con una emoción verdaderamente patética.

Agota el léxico sensiblero. La "fatalidad", el "destino", la "herencia patológica", la "inconciencia", el "estado morboso", la "emoción violenta", desfilan por sus escritos entre uno que otro error ortográfico, convenientemente ubicado junto a los nombres de Lombroso y Ferri, citados con cierta elegancia por el avisado criminalista, aunque jamás haya abierto un libro de ambos.

Su gloria cunde, se desparrama como las aguas sobrantes de los canales de riego, cruza las fronteras

departamentales y se pierde en los últimos ranchos de la provincia, donde el nombre del doctor Erastótenes Rupestre empieza a ser venerado.

Simultáneamente ha tenido el buen tino, o, como él diría, "el gesto democrático", de afiliarse al partido del pueblo. Se introduce, empuja, desplaza, escala posiciones a fuerza de audacia, de astucia y de paciencia. Su figura le ayuda. Es alto, delgado y fuerte y tirando a buen mozo. Usa cabello largo como los poetas del tiempo de ñaupa. Gasta sombrero aludo; tiene ojos profundos y escrutadores. En invierno lleva terciado al hombro un fino poncho de vicuña, que hace un singular y atrayente contraste con su ropa ciudadana. Su poncho es una especie de símbolo. Es el lazo que lo une al pueblo. Dicho poncho tiene una parte preponderante y decisiva en la carrera política del doctor Erastótenes Rupestre. El lo sabe, y no lo deja sino contadas veces. Lo usa hasta en verano, "por si llegara a refrescar de noche".

Su popularidad es creciente; simultánea su acción; de político tenaz y de gratuito defensor de cuanto tipo practique el poco recomendable deporte de agujerear el pellejo ajeno y de adueñarse de lo que no le pertenece, sin pensar que el día menos pensado puede ser confundido con un elemento de comité o con un dirigente de fracción.

El doctor Rupestre es orador de frases rotundas; grita, gesticula, lanza denuestos contra el gobierno si está en el llano su partido, y contra la oposición si está en el poder. Cierra sus discursos con períodos fogosos que arrancan lágrimas a los borrachos y aplausos frenéticos a sus correligionarios.

Despotrica contra la sociedad, habla de legislación social, incita a odiar a los poderosos, abre el resobado estandarte del salario mínimo y de la jornada de ocho horas, intercala a menudo en sus peroraciones una que otra frase genuinamente criolla imposible de reproducir, y promete, modestamente, que su partido, en el poder o no, siempre estará con "el proletariado, que es el que amasa, ciudadanos, el porvenir de la patria''.

Si el caudillo actúa en las provincias del Norte, levanta a la indiada, le promete la repartición de las tierras, la supresión de gravámenes, la dignificación del aborigen, la representación del mismo en los poderes públicos, y un par de toneladas de coca.

Si actúa en las provincias del Oeste, de nuestro maravilloso Oeste, paciente vaca lechera de la demagogia, las promesas son más o menos las mismas, pero sustituyendo la coca por el vino.

Así, poco a poco, sin apresuramientos torpes que todo lo echarían a perder, el caudillo va adueñándose de su partido. Provoca disidencias y se constituye en jefe de fracción. Si el partido está en el poder, no tiene más remedio que reconocer que el doctor Erastótenes Rupestre y su gente pueden gravitar en un acto eleccionario. Las demás fracciones van desapareciendo avasalladas, anuladas por la que capitanea el nuevo caudillo, o se pliegan derechamente a él, que sigue trabajando, defendiendo causas oscuras, propalando reformas en sus discursos, metiéndose en los tuétanos del populacho, y volteando sin asco, de una manera u otra, a todo el que se le ponga por delante.

Es dueño del partido, que lo erije en jefe absoluto, indiscutido, temido y admirado. ¿Y los cuatreros que sacó de la cárcel? ¿Y aquella banda de foragidos que hizo absolver en corporación? ¡Eh, señores! ¡No seamos "genuinos", como dijo por "ingenuos" un diputado amigo nuestro!

El doctor Rupestre sale en gira política a la campaña, seguido de una brigada de incondicionales, compuesta de matones, serviles, amanuenses y secretarios. entre los cuales un buen fisonomista podría reconocer a más de un facineroso que el doctor hizo salir de la ergástula mediante su heroíca defensa.

Como conoce el lado flaco del chinaje, cuando va al campo, sustituye su traje de ciudad por el típico de la campaña a que pertenece su provincia. Bombachas, botas, chaquetas, rastra de oro y plata, pañuelo de seda al cuello y chambergo. Y menos mal que en nuestro país no hay esquimales, porque si no lo veríamos visitar sus aldeas convenientemente caracterizado de oso polar o de foca.

Se hace esperar en las afueras del pueblo por una cantidad de jinetes que ha juntado su lugarteniente, quien le lleva, de paso, el mejor caballo de la comarca, bien ensillado, bien enjaezado, todo lustre y relumbrón.

El caudillo monta, se pone a la cabeza de los jinetes, y hace su entrada triunfal en el pueblo como un Radamés con carta de ciudadanía argentina. No lo anuncian trompetas, pero le sigue una batahola de gritos, alaridos y vítores que surgen de entre la polvareda que levanta la animalada...

El comité departamental ha sacado su banderita y la ha puesto al tope de su fortaleza. Un correligio-

nario pirotécnico hace gala de su talento disparando bombas de estruendo. El pueblo se convulsiona, se alborota, sufre un ataque de epilepsia. El caudillo, jinete en su palafrén, con algo deNapoleón, Fieramosca y Quijote, — ¡y a veces de Sancho!, — se deja admirar y ovacionar.

Sin bajarse del cuadrúpedo que le sirve de pedestal, arenga a su pueblo, a "su querido y noble pueblo", que le oye hipnotizado entre un runruneo de espuelas y coscojas, y el resoplido de las bestias, armoniosa y alternativamente matizado con los gritos estentóreos del paisanaje, que expresa su emocionado entusiasmo con las mejores palabritas de su léxico criollo. ¡Y juerga para rato! Carne con cuero, — a veces con el opositor adentro, — empanadas y vino. ¡Mucho vino, sobre todo!

El vino es el mejor aliado de la política criolla. El vino ha hecho ganar más de una elección. En determinadas provincias argentinas, los partidos políticos no valen por las ideas que sustentan, sino por la cantidad de vino que pueden ofrecer a sus electores. Antes se les compraba el voto, hoy se les emborracha.

El vino, fuente de riquezas para la provincia que lo produce, es también para la misma uno de los problemas sociales que más urge resolver.

¡Vino y demagogia! He ahí dos palabras y un solo fin verdadero: vivir del infeliz que lo llevó al poder estando borracho.

Y el alcoholismo cunde. Cunde con caracteres trágicos, con todas sus consecuencias: tuberculosos, homicidas, opas, retardados, haraganes, los que van engendrando a su vez toda un funesta retahila de desventurados.

El cáncer del vino es una obra pura y exclusivamente demagógica. ¡Sería realmente curioso observar una campaña electoral y una elección sin vino! No es posible prever lo que sucedería, por más que agucemos nuestra imaginación. Podría ser algo así como si de improviso se rarificara el aire la tierra, con lo que entrarían todos a boquear y hacer piruetas como bagres fuera del agua. También podría producirse una cosa inusitada y tremenda: que la elección fuera limpia.

Todo caudillo de tierra adentro sabe ésto. De ahí, entonces, que su preocupación fundamental consista en que falte el pan, pero no el vino.

Partido poderoso es aquel que cuente entre sus afiliados y dirigentes el mayor número de bodegueros posible.

El caudillo conoce a "su querido y noble pueblo", y le da vino en abundancia. ¿En damajuanas? ¡No, señores! ¡En bordalesas, en cubas, en pipones! ¡Ah, si pudiera hacerse un Caspio o un Adriático de vino, e instalar en sus playas los comités y los comicios! ¡Qué triunfo, señores, qué triunfo!

El caudillo sigue su gira de proselitismo vínico-político. Penetra en los ranchos más misérrinos, donde matea a su placer y regalo. Toca la guitarra y canta. Y hemos notado que no hay caudillismo posible sin este filarmónico requisito. Hay que entrársele al "querido pueblo" por todos los requicios de su rudimentaria sensibilidad.

¿Y qué mejor para lograr este objeto que una cueca llorona, o un cielito nostálgico, o un gato compadrón?

—¿Lo ha óido al doctor? ¡Bienhaiga, cómo canta de lindo! ¿No?

—¡Doctor y todo, y hay que óirlo guitarriar!

—¡Si parece que sabe más de rasjidos que de lay!

Estas tenidas órficas le aportan al caudillo más votantes que todos sus discursos juntos.

En las reuniones políticas de sus andanzas, hace otro tanto, y siempre en traje de paisano, o de oso o morsa si hubiera esquimales.

Guitarrea y canta, juega a la taba, al sapo, o a lo que rayo. Tiene la habilidad necesaria para no dejarse manosear por nadie. El tipo sabe ocupar su lugar. De otra manera perdería el ascendiente hipnótico que ejerce sobre sus correligionarios.

Los caudillejos del interior le responden abierta e incondicionalmente. El los trata con cierta altanería, a veces con mal disimulado desprecio. Visita con ellos las jefaturas políticas, las comisarías, los depósitos de contraventores, — ebrios casi todos, — y como es potencia, pone en libertad a medio mundo, sin otra condición que la de ir en el acto en el comité del partido.

Persigue implacablemente a la oposición y a todo el que no está con él. No repara en medios ni en consecuencias. El hecho es dominar, adueñarse de todos los resortes del poder y de alguna que otra finquita, que para eso es lírico e inocentón. Por otra parte, justo es que tenga donde reposar de sus fatigas.

Después de algunos años de una política así, fácil es suponer que el caudillo tiene abierto el camino de la Gobernación, o, en el peor de los casos, el de la

Legislatura. Pero el doctor Rupestre no quiere bagatelas, y apunta siempre a lo más alto.

Si hasta entonces ha estado en el llano, es probable que gane sin mayores matufias, recompensa de su campaña tenaz, de sus giras vinícolas, oratorias y guitarrísticas, "giras realmente triunfales y libertadoras", como dicen sus amigos.

Y un día, el oscuro abogado o médico de hace algunos años, se coloca la banda gubernativa sobre la brillante pechera almidonada, y se entrega a las "patrioticas tareas" que suelen tener por resultados inmediatos la bancarrota de la provincia y el envío de una Intervención Federal.

Si algún iluso creyera que el señor Gobernador va a despojarse de sus atributos de caudillo, se equivoca de medio a medio. Sigue siéndolo, y con más agallas que antes. Ahora es dueño de todo.

¿El Poder Judicial es inamovible? ¡No es cierto, señores! ¡Eso es una patraña! El, de un plumazo, lo pone patas arriba. Trae profesionales de afuera, sin vínculos en la provincia, para proceder sin más compromisos que los que contraen con el Gobernador al designarlos. Exonera a diestra y siniestra y nombra a sus incondicionales, hasta lograr tal homogeneidad de servilismo y adulonería, que hace lo que quiere en todas las reparticiones y dependencias del estado.

Como tiene mayoría en la Legislatura, hace sancionar leyes que tienden exclusivamente a impresionar al electorado, leyes de protección a "su querido y noble pueblo", el que, en adelante, ya no será explotado por nadie, sino por el señor Gobernador y sus centuriones.

Subvenciona a la prensa venal, persigue a la honesta, hace deportar, encarcelar, secuestrar, y llega, por medio de sus "aguerridas huestes", a los límites más incalificables de la abyección y del crimen con todos aquellos que no le responden y que pueden restarle "fuerza democrática".

Cuando el caudillo gobernador termina su mandato, tiene especialísimo cuidado en designarse un sucesor que habrá de responderle en cuerpo y alma. Y como en el mundo hay también marionetas, el caudillo encuentra sin muchos trabajos al hombre que hará el papel de Gobernador de la provincia. Pero él se oculta tras el cortinado. De allí mueve sus hilos. Tira, afloja, habla con voz de espíritu de ultratumba. Y el señor Gobernador, muy orondamente, gesticula, acciona se mueve, firma. Sobre todo firma.

El caudillo, reintegrado a "su querido y noble pueblo", sigue su obra civilizadora, con la firme certidumbre y la inalterable seguridad de ser reeleto en cuanto fenezca el brillante período de su dócil sustituto.

Demasiado conoce el pueblo del país la actuación pública de estos productos de la demagogia para que entremos en mayores detalles.

Un buen día colman la medida de la más elemental prudencia, y les llueve la Intervención Federal, práctica constitucional sin otro objeto a veces, que el de desnudar a un "santo" para vestir a otro. Por donde aparece la razón de que haya provincias argentinas con abonos vitalicios a los artícuculos 5º y 6º de la Constitución Nacional.

DE LOS DIFERENTES PRODUCTOS DE LA DEMAGOGIA

EL SABANDIJA

Producto estupendo, magnífico de la demagogia, característico de casi todas las provincias argentinas, pues no es justo ni patriótico cargarle la romana únicamente a la nuestra. Es el que nada sabe hacer y todo lo hace, con exclusión de lo honrado.

Todos lo conocemos, todos lo hemos visto o tratado y algunos hemos tenido la dicha inolvidable de caer en sus manos seráficas.

Por lo común, Dios o los hombres, lo han señalado con una marca visible: o es tuerto, o rengo, o manco, o jorobado, o las cuatro cosas a la vez, gloriosos recuerdos, según él, de una lejana y sangrienta revolución, incluyendo la joroba si la tiene.

Por lo tanto, el hombre no es orejano. No puede perderse sin ser hallado, ni fugarse sin ser habido, por más que algunas veces, ya rico y "juyéndole a la partida", no lo pillan ni con galgos.

Los comienzos de su luminosa carrera se pierden en la niebla de la más encantadora modestia. Anal-

fabeto de la más pura y rancia estirpe y sin oficio de ninguna laya, vive como puede, que es por lo general, de una manera eminentemente ''altruista'', esto es: de los demás.

Explota con el cuento de la sobredicha revolución su renguera o su manquedad, o su joroba, o su similitud con Polifemo o con las tres viejas de la fábula de Perseo cuando a una de ellas le tocaba el turno de ver.

Toda su vida física y moral se desarrolla en el comité partidario, y lo único que lamenta es no ser caracol o marsupial para llevarlo siempre a la zaga o amorosamente en su regazo.

El comité es su escuela, su cátedra, su mesa y su lecho. Conoce a cuanto saguaipé lo frecuenta, desde los altos dirigentes al último menesteroso perdulario. Tutea todo el mundo, sin distinción de jerarquías sociales o políticas, admitiendo que las hubiera en los regímenes demagógicos. Llama a todo el mundo por su nombre de pila. El doctor José Pérez, el senador Francisco González y el Diputado Gregorio Rodríguez, son para él Pepe, Panchito y Goyo, respectivamente. Conoce el árbol genealógico de cada uno, con pelos y señales. El ha tenido en brazos al Gobernador, "cuando era un chiquilín de Dios'', ha jugado a las bolitas con el padre de Goyo, salvó una vez de un percance callejero a la madre de Panchito, y le sirvió de ayudante de campo al abuelo de Pepe cuando estalló la revolución.

El sabandija es hombre decidido y servicial, pese al defecto físico que lo pone en inferioridad de condiciones. ¿Hay que pegar carteles? El sabandija capitanea, brocha y engrudo en mano, al escuadrón

de la democracia. ¿Hay que perturbar una reunión opositora? El sabandija, con su escuadrón, arma la gran trifulca a fuerza de tiros, gritos e improperios. ¿Hay que asaltar un comicio sospechado de perdedor? El sabandija, borracho como una cuba, seguido de sus queridos discípulos, arrasa con el cuarto oscuro, con los milicos, las urnas, los fiscales y el presidente.

Nadie como él para estos ponderables menesteres. Nadie como él para meterse a caballo en un comité enemigo con un menosprecio por su vida verdaderamente conmovedor. ¿Qué más le da? De todos modos es un tipo fragmentario. Si le falta una pierna, y le rompen otra, le quedan dos más; si le revientan el único ojo, encontrará lazarillo que lo conduzca al templo de los filisteos para derrumbarlo a balazo limpio; si pierde su único brazo, hará hervir a patadas al primer opositor que se le arrime.

De ahí, entonces, su ejemplar arrojo y denuedo. No tiene nada que perder: ni tiempo, ni dinero, ni honra, ni familia. Pero puede ganar, y mucho, como lo veremos.

Su partido está en el llano todavía. El sabandija vive de los que quieren subir, que son todos. Llega un dirigente al comité:

—¡Hola, mi querido Pancho! ¿Venís por las circulares del otro día? Ya las repartí. ¡No te preocupés, Panchito!

—Así me gusta, che.

—¡Pero Panchito, ni que hablar! ¿Y pa qué estoy yo, sinó pa servir al partido? ¡Ah, che; favoreceme con algo, si podés!

Llega el diputado por la minoría, doctor Gre-

gorio Rodríguez. El sabandija le sale al encuentro.

—¡Mi querido Goyito! Permitime que te estreche entre mis leales brazos. (Esto lo dice si no es manco, por cierto) ¡Estuviste formidable el otro día en la Cámara! ¡Qué discurso, hermano! Me hiciste acordar a tu finado padre cuando era ministro.

—¡Pero che, no macaniés! ¡Si mi padre no fué nunca ministro!

—¿Qué no fué ministro tu viejo, don Celedonio Rodríguez? ¿A mí me lo vas a decir? ¿Tan luego a mí? ¡Lo oí en varias interpelaciones defenderse como un tigre! ¡Chá, con el mocoso este! ¡Ahura salimos con que no fué ministro don Celedonio!

—Bueno. Si vos lo decís...

—¡Pero Goyo, me extraña! ¡Ta bien que seas modesto, pero no tanto como para negar la alcurnia de tu padre! Decime, Goyito querido: ¿no te está sobrando algún peso para tu viejo y noble amigo?

El sabandija, que ha asimilado términos y modales de sus dirigentes, sigue recibiendo de esta guisa a todos sus estimados correligionarios, y cuando quiere acordarse, ha juntado para comer varios días o para comprarse una corbata cantora.

Para la provocación de desórdenes, los tiros, la pegatina de carteles, las pateaduras y las "misiones díficiles", hace regir una tarifa especial de acuerdo con la importancia y a veces con los resultados de las gestiones que le encomiendan.

El comité primero, y el partido, después, no pueden prescindir de manera alguna de los señalados servicios del sabandija. Es tipo absolutamen-

te necesario, casi insustituible. Analfabeto como el mejor de sus correligionarios, tiene, ello no obstante, la suficiente viveza de saberse ligar a los dirigentes con vínculos indisolubles. Es dueño de tenebrosos secretos. Si él habla, entierra a más de uno que está por sacar cabeza o que ya está arriba del todo, gracias a su abnegada cooperación. Nadie que lo precise o que lo haya precisado puede negarle nada. El sabandija lo sabe, y se hace valer.

En vísperas electorales la personalidad de este sujeto cobra toda su pavorosa importancia. Nadie le iguala puesto a afrontar los peores riesgos. Practica el espionaje con lisonjeros éxitos, maneja el cuchillo con maestría, hace valer su ascendiente entre el paisanaje; va, viene, grita, aporrea, tiende celadas, piala a los desprevenidos, promete a los crédulos y, en último análisis, aporta mayor número de votos a su partido que el mejor orador de la vanguardia correligionaria. Tales servicios no pueden pasarse por alto sin correr riesgos desagradables.

¡El partido, tras cruentos esfuerzos en pro de los derechos ciudadanos, ha llegado a la cúspide del triunfo! "¡Ha triunfado, señores, después de largos años de sacrificios y luchas contra los sistemas caducos! ¡Ahora, correligionarios, a trabajar por la patria!" y el primero que empieza a robar es el gobernador.

En un alto fugaz de tan noble tarea restauradora, se acuerda de que hay que nombrar a sus "amigos". Una ola de exoneraciones y cesantías, y otra, mayor aún, de nombramientos. Alguien podrá objetar de que lo primero que hace un gober-

nador demagogo es esto de las exoneraciones y nombramientos, para dedicarse después, y en colaboración, a robar con la tranquilidad de espíritu necesaria. Pero ello, señores, depende de los ideales del partido y de la opinión personal de sus dirigentes. A veces hay que apurarse un poco.

En lo mejor del baile, un pensamiento perturbador irrumpe en el preocupado caletre del gobernador y sus allegados: "¿Qué hacemos con el sabandija?" "¿En dónde ubicamos al sabandija?" "¡En alguna parte hay que meterlo, compañeros, aunque no sepa leer ni escribir!"

Mientras tan arduos asuntos de estado preocupen a los dirigentes, el sabandija, silenciosa y humildemente, les ha ganado de mano, porque, sin nombramiento alguno, ya se ha ubicado sólo en el sitio que le corresponde. Es "Introductor de embajadores", "Encargado de negocios", "Defensor de ausentes e incapaces"; — no de pobres, — y otras cosas de tamaña o parecida importancia.

Cuando el gobernador, ministros, directores generales, etcétera, descubren el "autonombramiento", se tranquilizan, respiran y dejan vivir al que es más vivo que todos ellos juntos.

Y sigámoslo en el delicado desempeño de sus adustas funciones, en orden de nomenclatura.

Cuando algún desamparado político quiere entrevistarse con el gobernador, la secretaría le hace entrever que lo conseguirá si se hace acompañar e introducir por el sabandija. El desamparado, acreedor de la provincia por lo común, apechuga con la horca caudina.

—Vea, amigo. Necesito ver al gobernador.

—¿Para qué asunto, che?

—Una firmita en este expediente de suministros.

—¡Difícil, muy difícil, che! Pero en fin, haremos lo posible. ¿Cuánto tiene a cobrar?

—Dos mil pesos.

—¡Mucha plata! ¿Por qué no se conforma con mil quinientos? Usted sabe, che... Hay que palanquear el expediente, moverlo, hacer algún regalito a los muchachos...

El otro, entre no cobrar y cobrar los mil quinientos, opta por lo último. Entrega el expediente al sabandija, quien ve al gobernador en el acto.

—¡Mi querido Dieguito! A ver si me firmás esto. Es un buen hombre, ¿sabés?, y está muy necesitado.

Dieguito firma sonriendo, previo examen de la suma a cobrar por si fuera grande y pedir lo que le corresponde. Ve que es una bagatela, y firma.

A la vuelta de unos días, que sin asesor habrían sido años, el comerciante cobra en presencia del sabandija, que recibe con imperturbable dignidad los quinientos pesos para los muchachos...

Estas actividades del sabandija se ramifican en los ministerios y en todas las reparticiones públicas importantes, y le proporcionan excelentes dividendos sin inversión alguna de capitales.

Otro desamparado quire conseguir un empleo. ¡Tiene que verlo al sabandija!

—Durante diez meses vos me vas a dar la mitad de tu sueldo.

—¡Pero cómo no!

—Bueno. Me vas a firmar diez documentos. Si vos no los levantás a medida que cobrés, te hago echar del empleo.

—¡No faltaba más!

El sabandija consigue el nombramiento. Y durante diez meses recibe la mitad de los haberes de su protegido con una desesperante puntualidad.

Como "Encargado de negocios" no es menos eficaz. El ministerio tal va a realizar una importante licitación. El ministro llama al sabandija, lo pone al corriente de todo, lo alecciona, y le desliza algo al oído, que hace exclamar al sabandija con amplios gestos declamatorios:

—¡Pero cómo no, doctor! ¡Estaría bueno que no! ¡Con mucho gusto, mi doctor! ¿Por qué he de ser yo solo? ¡Estése tranquilo, doctor!

El sabandija ve a los comerciantes del ramo. Elige el candidato.

—Vea, amigo. Tenemos que hacer esta licitación. ¡Cincuenta mil pesos en total! ¡Casi nada! ¿Eh?

—Muy bien. ¿Y?

—¡Y, nada! Si usted quiere sacarla, ya sabe que hay que hacerles algún regalito a los muchachos...

El comerciante estudia la propuesta.

—¿Y el cobro?

—¡No se procupe, che! ¡Yo le respondo!

—Bueno. Usted dirá...

—Cinco mil pesos.

—Me parece mucho...

El sabandija baja la voz, y desliza en el oído del comerciante el secreto que el ministro le dijo en su despacho. Y agrega sonriendo:

—El resto para los muchachos, mi estimado amigo.

¡Negocio hecho! Porque el comerciante, completamente habituado a estas entrevistas, exclama para su coleto:

—¡Del cuero saldrán las correas!

El sabandija entra ahora a actuar en la serena atmósfera de la Justicia, esto es: a desempeñar su tercer cargo.

El correligionario Bergamota está preso porque se ha "disgraciao". Un día, sin querer, le hizo a su estimado amigo Jarilla veintisiete tajos en el abdomen durante una partida de taba, noble y elegante deporte de la demagogia. El sabandija intercede. Sabe que el procesado Bergamota tiene un campito, unas vaquillonas y algunos pesos en conserva. Y piensa campanudamente:

—Entre que le coma todo el abogado, y al divino cuete, se lo como yo haciéndole una gauchada.

Mueve palancas, muñequea, hace a grito pelado la defensa de Bergamota en el despacho del gobernador, de los ministros y de quien quiera oírle. "Bergamota, correligionario de ley, que ha caído víctima del destino". la otra, la víctima auténtica, la de los veintisiete tajos en la barriga, "era un opositor disfrazado de amigo nuestro, para introducir la descomposición en nuestras filas".

La fuerza avasalladora de la elocuencia jurídica del sabandija, rinde, al fin, su ansiado fruto. El gobernador y los jueces han quedado profundamente conmovidos. Bergamota es puesto en libertad, y al primero que encuentra al salir, es al sabandija, que lo está esperando tiernamente afanoso.

—¡Mi querido y calumniado Bergamota! ¡Por fin te han redimido! ¡Este es un triunfo de la Justicia! ¡Vení, vamos a festejarlo, hermanito de mi alma!

Cuando quedan solos, el sabandija, cambiando de tono, entra a "festejar" el triunfo de lleno, sin

vacilaciones inútiles que a nada conducen en el campo de los honorarios profesionales.

—Bueno, che, Bergamota. Vos me vas a escriturar el campo con hacienda y todo.

—¡Pero dotor...!

—¡Mirá Bergamota; te dejás de dotor y de otras aleluyas! ¡Vos me escriturás el campo y te guardás el dotor!

—¡Pero si le escritureo el campito me viá quedar en la caie...!

—Pior va hacer si no me lo escriturás. porque hago revocar el fallo y ti hago fletar a Ushuaia.

Bergamota "escriturea". Y así, ora actuando en el difícil laberinto de la diplomacia, ora en los triples dominios de Mercurio, ora en las elevadas y augustas regiones de Temis, el sabandija pasa a la envidiable categoría de personaje de opereta, pero rico, y a veces riquísimo. Si el gobernador se descuida, es eclipsado por el sabandija, que arrastra los más lujosos automóviles de la ciudad, viste las mejores ropas y guarda celosamente los mejores títulos de propiedad.

Durante toda su abnegada y heroica carrera, el sabandija no ha dejado de lucir en la solapa y en la cadena del reloj, sendas efigies de los caudillos máximos del partido, especies de salvoconductos en sus difíciles gestiones, si no bastara su abrumadora popularidad.

El sabandija, como buen correligionario, no obstante estar uncido al carro del estado, no descuida la marcha del comité, de cuya prolífica y bien nutrida existencia depende la suya y la no menos preciosa y respetable de sus "amigos".

Para ello el sabandija se bifurca o adquiere el don de la ubicuidad. Vive en el comité y en la casa de gobierno, en la casa de gobierno y en el comité, y a tales extremos llegan sus actividades en ambos sentidos, que termina por confundirlos en una forma enternecedora, o por hacer uno solo de los dos, cosa, por otra parte, muy fácil de acaecer y que a cualquier desprevenido puede ocurrirle, ya que nadie sabe a ciencia cierta donde empiezan y terminan las correspondientes jurisdicciones.

Pero las cosas no terminan aquí. Hay reparticiones públicas cuya mayoría está compuesta por peones. Centenares, o millares de ellos, según las circunstancias.

El peón, como nadie lo ignora, es el estípite sobre el cual se asienta el busto solemne del demagogo. Por otra parte, y a fin de citar una opinión autorizada, ya lo dijo axiomáticamente S. E. el señor Interventor Nacional doctor don Euterpes Chirimoya: "¡Hay que cuidar al pión! ¡Hay que cuidar al pión!" Y nadie mejor que el sabandija para llevar a cabo tan humanitario propósito.

El gobernador lo sabe. Por eso un día la opinión pública de la provincia es sorprendida por la designación del sabandija para ocupar uno de los más altos cargos técnicos de la administración. Los muchachos universitarios pasan de la noche a la mañana a ser sus oscuros y humildes colaboradores y subordinados. El sabandija toma en serio su brillante papel. Y haciendo como que dirige espeluznantes relevamientos topográficos, se exhibe aquí y allá con terroríficos e incomprensibles aparatos de ingeniería: teodolitos, niveles, miras, jalones, brú-

julas y otras cosas verdaderamente tremendas. Va, viene, mide, observa, grita, gesticula, seguido de sus asesores silenciosos y mustios.

Viéndolo accionar, y perdido entre un laberinto de cordeles y maquinitas, nadie sabría decirnos sin equivocarse si el sabandija es un loco, o un alpinista o un actor cinematográfico ensayándose al aire libre y en público para filmar una pelicula desopilante.

Pero ésto son las plumas del perro. La madre del borrego aparece en vísperas electorales. El sabandija, valido de su jerarquía, recluta a sus queridos peones, los acuartela, y al llegar el día magno los embriaga y los lleva él mismo a votar. ¡Porque al sabandija no se la pegan, señores, rengo, manco, o tuerto como es!

Reposa de sus excesivos y patrióticos trabajos veraneando en las playas de moda, en las que luce salidas de baño detonantes, sombreros espectaculares, prismáticos como para estudiar la Vía Láctea, joyas de cafre y todo lo que tire a apabullar el pintoresco esplendor de los emires del Afganistán.

Pero a éste, como a otros productos de la demagogía, también le llega su once de noviembre, o, lo que es lo mismo, su San Martín. Por lo común es en forma de intervención de hacha y tiza, que lo toma por su cuenta y lo mete en la cárcel. Pero no para que rinda cuenta de sus "gestiones públicas", como cualquier ingenuo puede suponer, sino para hacer un lugarcito a otro que tenga más aptitudes para lo mismo que ha hecho el desalojado.

El sabandija, entre rejas, — pero no doradas por-

que podría robárselas, — si hubiera conocido a Jorge Manrique, repitiría compungidamente:

"Cualquier tiempo pasado
fué mejor".

Pero el sabandija no tiene ningún correligionario de ese nombre y apelativo, y mal puede, en consecuencia, recurrir al íntimo consuelo de la poesía. El consuelo le llega después, cuando mediante los mismos recursos jurídicos que él puso en práctica para hacer absolver a Bergamota, consigue la libertad, — previa entrega de un cheque, de algunas tierritas, y de las salidas de baño si se descuida, — y se lanza de nuevo por los caminos de la "democracia" a disfrutar su cuantiosa y bien escondida fortuna, "amasada, señores, a fuerza de austeros sacrificios personales". ¡Oh pececillos de colores!

EL GRINGO

Si a algún habitante de nuestras grandes ciudades, de excursión o viaje de estudio por nuestra campaña, señalándole el dueño de un boliche ubicado en medio del desierto o la montaña, le dijéramos: "¿Ve ese hombre? Bueno. Algún día será diputado, senador, o cualquier cosa por el estilo", con toda seguridad que sonreiría de nuestra imaginación provinciana, o se creería objeto de una broma ingenua. Sin embargo, le habríamos dicho la verdad, la más pura y rotunda verdad.

El dueño del boliche es extranjero. No importa de dónde. Puede ser de Islandia, de la Polinesia o de la Atlántida de Platón. Lo que sí podemos asegurar es que el dueño del boliche no es criollo. Tampoco sabemos su nombre, porque lo llaman "El Gringo", algunos cariñosa y otros despectivamente, según sean favorecidos o explotados por el bolichero.

Llega a nuestra campaña y se instala con su almacén de bebidas y comestibles en medio de la lla-

nura, o al lado de un interminable camino real, o en algún pueblucho de cuatro o cinco ranchos, o en alguna quebrada de las sierras. Tan alejado está de todo centro de población, que uno a veces se pregunta qué diablos hace ahí ese boliche. Se nos ocurre que el dueño es un humorista de incógnito, y esperamos ver la muestra de su ingenio en algún cartelito que diga, por ejemplo: "Es prohibido escupir en el suelo", o "Conserve su izquierda". También nos acordamos sin querer de los grandes ermitaños de la hagiografía: Afrates, Dositeo, Teodoro, Belisario, Geselino. Tampoco dejamos de sospechar que el bolichero tenga alguna escondida atingencia con la teosofía, o que bien puede ser un malogrado discípulo de Nietzsche. Pero lo cierto es que "El Gringo" está tan ajeno a nuestros elevados pensamientos como nosotros a lo que ~~en~~ realidad piensa de la situación, que no es otra que la de un modesto pero astuto comerciante extraño por completo a todo lo que le estamos endosando gratuitamente mientras tomamos una cinchibirra.

El bolichero, sin embargo, tiene su importancia. Es el único que se ha aventurado a instalarse allí, a decenas de leguas de todo indicio de poblado. Empieza por ser, en consecuencia, un civilizador. Ya lo iremos viendo en sus distintas metamorfosis no sospechadas por Ovidio.

Como es paso obligado, y el boliche se llama casi siempre "El Descanso", y los troperos, remeseros, contrabandistas y todos los que vienen y van, hacen allí su noche, su siesta o su mañana. Pero nadie pasa de largo sin apearse en "El Descanso", ingerir unos tragos, churrasquear y echar unos pa-

rrafitos con el dueño, suscrito de esta manera a varios periódicos orales que lo imponen de lo que pasa arriba y abajo, al Norte y al Sud de su boliche. punto de convergencia de varias leguas a la redonda.

Este es, sin exageración posible, el oscuro comienzo de la oruga que a la vuelta de algunos años de "sacrificios", será el brillante mariposón político comercial que conocemos todos los que, como yo, vivimos en los pueblos remotos de nuestro país, decididamente lejos de todos los centros civilizados.

El bolichero, como ya tiene su platita, se aventura en las primeras transacciones. Compra cueros, plumas, lanas, tejidos criollos y los vende en los poblados vecinos con su pertinente cargadita de mano. O se hace acaparador o intermediario de algún comerciante fuerte de la ciudad.

Se ve en la imperiosa obligación de agrandar su boliche. Agrega a la leyenda "El Descanso", un pomposo "Compra y venta de frutos del país"... y del sudor ajeno. Pero esto último se lo guarda.

El negocio prospera. ¿Y cómo no va a prosperar? El dueño de "El Descanso" compra un cuero de zorro por un peso y lo vende en el llano por tres, o por cinco. Compra el kilógramo de lana a veinte centavos y lo vende a ochenta. Triplica el precio de las bebidas, del azúcar, de la yerba. Se hace prestamista, siempre y cuando la operación ofrezca toda clase de garantías. Compra por anticipado el producto de la tierra o de la caza. Adquiere, paulatinamente, camiones para el transporte de lo que compra y lo que vende. El no es hombre de andar en carretas rechinantes tiradas por mulas o por

bueyes. La demora puede hacerle perder un brillante negocio.

"El Descanso" es cada vez más concurrido y más grande. Su dueño ha comprado "unas tierritas" en los alrededores. Las ha hecho cultivar y sembrar a cambio de la manuntención y de algunos pesitos a los que la han trabajado, o sino cobrándose lo que les ha fiado en mercaderías, o "a cuenta de mayor cantidad".

En "El Descanso" ya hay árboles, productos de chacra y granja, animales y todo lo que hace grata y próspera la vida de un hombre sin complicaciones.

La clientela de "El Descanso" es cada vez mayor, y cada vez mayor el número de los que ha maniatado con sus préstamos y sus "liberales operaciones de toda laya. Si "El Gringo" quiere, puede con esta sola gente metida en sus redes, fundar un partido político.

Los caudillos de la región no pueden dejar de advertir, como excelentes sabuesos que son, que el dueño de "El Descanso" es ya un hombre absolutamente necesario para ellos.

"El Gringo", con astucia, viveza y adulonería, logra hacerse de un privilegio encantador: siempre está con el oficialismo, en el cual se escuda y ampara, por donde la oposición lo tiene sin cuidado, porque si algún día va al poder la oposición, él seguirá siendo oficialista. Por otra parte, el gobierno lo necesita, y hace como que se olvida de la anterior bandería política del comerciante.

Los caudillos "gubernistas" lo visitan a menudo en sus giras por esos andurriales de Dios. Llegan, churrasquean, beben, descansan... y se van sin pa-

gar. "El Gringo" se hace el magnánimo, aunque por dentro proteste, y no en lenguaje místico por cierto, del saqueo de que ha sido objeto. Así entra en relaciones estrechas con todos los saguaipés de la política criolla, desde el gobernador hasta el último caudillejo de los pueblos circunvecinos.

"El Gringo", cuando baja a la ciduad a hacer diligencias, es atendido en todas las oficinas públicas con desusada prontitud y deferencia. ¡Es hombre generoso, que sabe apreciar en lo que valen los favores que le hacen! Un cuero de zorro por aquí para la novia, otro de guanaco por allá para los pies de la cama, unos pesitos para cigarrillos a éste, una marta para alfombra a aquél. Y los títeres se mueven que es un portento.

Sus paisanos, amigos, clientes y deudores lo utilizan. Consigue para ellos, — y para él, — excenciones de multas, libertad de detenidos, adjudicación a su favor de toda clase de licitaciones, firmas ministeriales para cobrar sin demoras, aunque no sin coimas, y todo lo que se propone y redunde directa o indirectamente en su exclusivo beneficio personal.

"El Gringo", — ¡humano es suponerlo!, — ya tiene automóvil. Va y viene de la ciudad a su lejano comercio, y del comercio a la ciudad. Sus actividades se polifurcan. Compra sueldos atrasados a los empleados públicos, maestros y vigilantes, tres nombres distintos y un sólo mártir verdadero. A veces les da efectivo, pero la mayor parte de aquéllas es a cambio de mercaderías. Y se asegura el cobro mediante vales a la vista o directamente con el pagador o la Contaduría General.

Cuando exige intereses deshonestos y la víctima protesta, "El Gringo", poniendo carita de ángel, dice que él no obliga a nadie a hacer la operación. Al que le conviene, la hace, y al que no, paciencia. El no quiere perjudicar a nadie; su único deseo es ayudar. "El sale perdiendo. ¡Palabra!"

Da dinero en hipotecas sobre casas, campos y animales. No da sobre las almas porque no tienen valor fiduciario alguno. Y a la vuelta de algunos años de cobrar intereses monstruosos, se queda con los animales y las propiedades. ¡El no quiere hacer eso! ¿Qué va a hacer él con tierras que no valen nada, jarilla pura, y con unas vaquitas de morondanga? Pero las circunstancias lo obligan, y se queda con todo, hasta con la familia del despojado.

"El Gringo" tiene de esta manera un crecido número de incondicionales, criollos en su mayoría, víctimas propiciatorias de estos jotes siniestros. No le saca el lazo a nadie; por el contrario, acogota cada vez más. Es toda una potencia económica.

Los políticos no pueden ni deben ignorar la situación de "El Gringo". Saben que es todo un caudal de votos si se lo propone. No tiene más que ordenar a todos sus deudores que voten por Fulano, porque si no les cierra el crédito los hace ejecutar y dejar en la calle.

De ahí, entonces, la inalterable deferencia con que "El Gringo" es atendido por los demagogos que lo ayudan y protegen en todos sus tenebrosos menesteres.

"El Gringo" ya tiene una lujosa casa en la ciudad y sucursales en diferentes puntos de la campaña a cuyo frente ha puesto a sendos compatrio-

tas con instrucciones terminantes sobre la marcha de los negocios.

Nadie sabe lo que tiene, pero se asegura que "El Gringo" puede hacer tambalear al banco en que tiene depositados sus fondos si le diera por retirarlos. Es accionista poderoso de varias compañías industriales y mineras. El no pierde oportunidad de invertir un peso si al cabo de un año le va a dar veinte centavos de interés.

Los demagogos lo necesitan abiertamente. "El Gringo" ayuda a costear las campañas electorales, presta plata a los caudillejos, facilita sus camiones para el transporte de gente, regala vaquillonas, vino y cigarrillos para el "querido y noble pueblo" a fin de que tenga cómo entretenerse en los comités. ¡Ya buscará él la forma de cobrarse todo eso! ¡Una firmita, una concesión de tierras fiscales para colonizar, un contrato anual de provisión de tal o cual producto para las dependencias oficiales! ¡"El Gringo" no se deja fumar en pito, señores! ¡El no se pasó una punta de años en el desierto para que los chimangos de la política lo dejaran con la osamenta al sol! Para eso es rico, poderoso e influyente, porque no ha sido zonzo, porque ha dejado a mucha pobre gente en la calle y de a pie, que es lo "pior" que puede ocurrirle a un criollo. Perder el campo y la casa, está bien. ¡Pero perder el mancarrón! ¡Eso es "disgracia ricién! Y "El Gringo" lo hace sin repugnancia con más de uno por unos pesos locos que le deben.

Los políticos piensan que si lo embarcan derechamente en el partido pueden sacarle más plata de la que le sacan. Y un buen día, — ¡el eterno buen

día!, — le ofrecen una banquita de concejal en la cabecera del distrito.

"El Gringo" rumia el ofrecimiento lamentando que no tenga espaldas para mirarlo por atrás y ver qué trae escondido; lo mira, lo "estudea" por todas partes, sonríe, y acepta no sin algún recelo. El tiene muchos y respetables intereses en la ciudad, y desde el Concejo Deliberante algo puede hacer.

La figuración política triplica en el oscuro espíritu de "El Gringo" su noble personalidad. Se hace más ambicioso, tenaz e implacable, y empieza a alentar miras de llegar a la gobernación si se descuidan.

No llega a la gobernación, como llegó a soñarlo quizás, porque la Constitución se lo prohibe por muchas y plausibles razones, pero llega a la Legislatura en menos tiempo del que supone cualquier persona honrada e imaginativa. Apenas sabe decir una veintena de palabras en dudoso español. El resto de su léxico es un pintoresco menjurje de farmacopea cosmopolita, cn el que se expresa en la Cámara cuando las duras circunstancias lo obligan a despegar los labios.

Y es un producto de estos, tan típico de nuestra campaña, el festejado protagonista de una memorable sesión de cierta legislatura. Un diputado presenta un proyecto de adquisición de un par de góndolas venecianas para botarlas a un lago de un paseo público de la provincia. "El Gringo", — porque diputado y todo le siguen llamando así, — oye la lectura del proyecto, se incorpora un poco en la butaca, carraspea, se estira el chaleco, y grita en

su inefable jerga: "¡Pido la palabra! ¿Qué hacemos con dos góndolas, Honorable Cámara? ¡Mejor comprar un casal para que hagan cría!"

SU EXCELENCIA EL SEÑOR INTERVENTOR NACIONAL

El Interventor, producto de la demagogía, ofrece características propias, inconfundibles. Es el personaje hecho por decreto. Ayer era Parménides Chirimoya, a secas; oscuro rentista o hacendado de Calamuchita o Chelforó. Hoy, de buenas a primeras, es S. E. el señor Interventor Nacional, doctor don Parménides Chirimoya.

¡Sólo Dios conoce el sobresalto y los apurones de don Parménides cuando recibió el aviso de que se apersonara al Presidente de la República, su viejo amigo! ¡Sólo Dios conoce también el julepe de don Parménides cuando el Presidente le ofreció el cargo de Interventor, con el agregado de que debía aceptarlo por fuerza, en homenaje a la vitalidad augusta del partido y en salvaguardia de los sagrados intereses de la patria!

Don Parménides, que tiene fundadas sospechas de que no es sonámbulo, empieza a dudar ahora

de lo que oye, y no sabe si sueña o si está despierto. Se convence de esto último, y ante la enternecedora y autoritaria insistencia del señor Presidente, se resigna y acepta con mansedumbre el sacrificio que se le impone. ¡Sacrificio, es claro! ¿No tiene que dejar sus vaquitas, su casa de campo, su mate, su traje holgado, para asumir las tremendas responsabilidades de tener tres ministros, vivir en residencias suntuosas y hacerse ropa a la medida?

Don Parménides, fatalista como buen criollo. se deja nombrar Interventor. Recibe las "instrucciones" a las cuales debe ajustar su actuación, so pena de que lo maten a disgusto por telégrafo; es presentado a los tres ministros que le han asignado y que lo acompañarán en sus arduas tareas restauradoras. como asimismo a todo el "alto personal" que habrá de sustituir el mecanismo administrativo y judicial de la provincia intervenida, desde los directores generales a los dactilógrafos, desde los camaristas a los vigilantes, desde los técnicos en medicina o ingeniería, a los enfermos y peones. Y he dicho enfermos, porque todo el mundo sabe que hay intervenciones que llena los hospitales con lisiados o crónicos traídos de otras partes a fin de que puedan votar en el momento oportuno.

El señor Interventor se despide del Poder Ejecutivo a quien le promete amorosa fidelidad con temblorosa voz y el estricto cumplimiento de las "instrucciones" que ha recibido en forma verbal. primero, y bien copiadas a máquina después, para que no haya líos más tarde.

Hace pedir a la empresa ferroviaria correspondiente un tren especial, "¡bastante largo! ¿No?";

se embarca en su pertinente pullman, acompañado de su estado mayor, y sale para "ir a redimir a la provincia oprimida por una horda de delincuentes".

Don Parménides, arrellanado en su butaca, no puede disimular la emoción que lo embarga. Mira distraídamente por la ventanilla. Ve el campo ancho y verde, y se acuerda de su hacienda, de su casa criolla de su caballo sillero y de "una punta e cosas". Don Parménides se ha puesto sentimental; el corazón se le ablanda y está a punto de llorar. Pero, de improviso, se acuerda de que es Interventor Nacional. Se sacude en su sillón, se estira el chaleco, tose con aire severo arrugando el entrecejo, y se pasa el índice por entre el cuello almidonado y el cogote, renegando del aditamento que no lo deja respirar a gusto.

Sus acompañantes, que ya tienen perfectamente estudiado su papel de apóstoles sumisos, lo miran con ternura en silencio o conversando en voz baja, hasta que S. E., haciendo un esfuerzo mental, sale de su marasmo meditativo y les dirige la palabra. Las caras de los altos funcionarios, por tan simple hecho, se iluminan de gozo entre sonrisas de afiches de pastas dentríficas.

El resto del tren, — cinco cuadras de largo. — va atiborrado por heterogéneo personal que acompaña a S. E. en la singular cruzada.

Los "amigos" de la "provincia oprimida", ya estan en auge de que S. E. llega a tal hora. Tiran la casa por la ventana. Bandas de música y de otras actividades no muy filarmónicas, bombas de estruendo, dirigentes máximos, trajes de confección recién puestos, sombreros flamantes que aún lucen el

hilván de las cintas, rostros alborozados, gritos preliminares, sofocones, y uno que otro disparo de revólver para matar la angustia de la espera. Claro que muchas veces no es precisamente la angustia la que sale muerta, sino algún desprevenido pasajero, que, "¡pero vean la casualidad!", casi siempre resulta ser del bando contrario al de los manifestantes.

Pero estas minucias provincianas no esturbian la sana alegría de los "amigos", ni amengua su patriótico entusiasmo.

El hombre, cuando está contento, necesita exteriorizarlo. Uno canta, otro rie, otro baila, y este descarga su revólver en la barriga de su opositor político, porque está contento, porque llega la Intervención Federal y hay que festejar el "histórico acontecimiento".

Entra el tren en agujas. El griterío se desborda, se agranda, se agiganta y amenaza con provocar una catástrofe ferroviaria. "¡Viva el Interventor Nacional!" "¡Viva el doctor Parménides Chirimoya!" "¡Viva el salvador de la provincia!" "¡Viva la libertad!" (La libertad de los que van a salir de la cárcel en cuanto el Interventor se haga dueño del mando). Y entre vítores a su persona, al Poder Ejecutivo Nacional y al partido a que todos pertenecen, asoma su cabeza don Parménides como un conejo asustado. Es bajo y rechoncho, medio patizambo. Está intensamente pálido, transpira en abundancia; mira a todos y trata de sonreír. Lo consigue a duras penas. Otro esfuercito más y logra sacarse el sombrero y agitarlo en el aire, y es tal su nerviosidad, que lejos de estar saludando,

parece que estuviera echándose aire o espantándose las moscas que se agregan a la manifestación de aprecio que se le tributa.

El griterio arrecia. El publico se estruja, se apelotona, aúlla. Y a veces relincha o rebuzna. Ahora pide que hable S. E. ¡Caramba! ¡Don Parménides no contaba con este contratiempo! ¡Hablar! ¡Hablar! ¡Hablar! Don Parménides se sobrecoge visiblemente turbado. Mira a sus fieles acompañantes con ojos que interrogan e imploran a la vez. Su frente es una miniatura del Niágara o del Iguazú. Está a punto de desmayarse. "¡Qué hable el doctor Chirimoya!" "¡Que hable el paladín de la libertad!"

Su secretario privado se abre paso en la plataforma del coche, se ubica al lado del Interventor que se apresura a cederle el lugar más visible, y después de mirar un buen rato en silencio a la multitud, empieza a perorar con voz no muy segura que digamos:

"Pueblo de la provincia, ciudadanos, correligionarios: (Lo de pueblo de la provincia y ciudadanos va por cuenta exclusiva del orador. Con haber dicho correligionarios, habría bastado) El señor Interventor me ha hecho el honor de encargarme que les dirija la palabra. El señor Interventor está fatigado... etcétera, etcétera". El orador sigue su discurso acompañándolo de gestos proféticos y terribles. "¡Venimos a salvar a la provincia! ¡Venimos a devolver las libertades conculcadas, a hacer imperar de nuevo la sagrada ley del sufragio universal, avasallada por gobernantes sin escrúpulos

y ebrios del sensualismo del poder! ¡Hay que restablecer el imperio de la Constitución!''

Se olvida del ''pueblo de la provincia y de los ciudadanos'' y sigue su retahila dirigiéndose nada más que a sus "estimados correligionarios'', que aplauden desaforadamente y gritan como energúmenos.

Don Parménides oye en religioso recogimiento, sombrero en mano. Hace signos afirmativos con la enorme cabeza chuschuda, como diciendo: "¡Y es claro, pué; a eso venimo!''

El secretario de S. E. se ha apuntado el primer poroto del interminable truco que ha dado comienzo en la plataforma del coche. Termina de discursear entre el delirio — a veces ''tremens'' — de la multitud enardecida, y se vuelve hacia S. E. que lo abraza paternalmente oprimiéndole contra su impresionante abdomen, mientras piensa para su coleto: ''¡Macanudo el secretario para sacarme de apurones, áhura y más endelante!''

El ojos menos avisado ha podido notar que la concurrencia ha aumentado en forma considerable. Es que ha bajado todo el séquito del tren especial; la futura administración en pleno. Gente de toda laya y catadura, con o sin equipaje. Tipos jóvenes elegantes; otros con caras de pensionistas de ergástulas. ¡Es la langosta! La terrible langosta que trae toda intervención demagógica. Llega a la provincia, se instala, come, engorda cuerpo y faltriqueras, y se va cuando termina la cruzada redentora. ¡Lo mismo que las pavorosas mangas de acridios que terminan con los sembrados! Llegan, se asientan, se llenan, a veces desovan, y levantan de nuevo el vue-

lo para seguir su obra desvastadora en otra parte.

Del paso de la manga, ya sea auténtica o metafórica, queda siempre el mismo rastro: la ruina del labrador y de la provincia intervenida.

Desembarca, pues, el primer contingente de acridios. S. E. logra tras cruentos esfuerzos bajar al andén. Se coloca entre sus altos funcionarios. Le abren cancha, salen, y llegan por fin a la calle al frente de los manifestantes. Las bandas de música prorrumpen en aires marciales, y las "otras" en vítores. S. E. no sabe si caminar al compás de los bombardinos, o si mandar al diablo el ritmo, perder el paso, y entrar abiertamente a marchar de contrapunto. Pero piensa que al romper el forzado isocronismo a que lo obliga la musiquita, puede restarle prestigio marcial a su figura, y opta por marcar el paso, para perderlo al cabo de unos minutos porque no lo dejan caminar a sus anchas.

Alguien, — don Parménides no sabe quién, ni cuándo, ni cómo le ha puesto una gran ramo de flores en las manos regordetas y morenas. S. E. camina, las huele de vez en cuando, y no nota que las va perdiendo poco a poco, hasta quedar con unos cuantos tallos y hojas en la temblorosa mano izquierda, porque en la derecha lleva el sombrero transformado en papilla.

El gobernador depuesto se ha hecho humo. Los ministros y altos funcionarios también. Hay que ganar tiempo, por si acaso. La casa de gobierno le es entregada, pues, a S. E. por un subsecretario cualquiera, el que ha tenido la entereza de quedarse.

Don Parménides, asesorado por uno de sus tres apóstoles, que dan en dejarse llamar ministro, fir-

ma el primer decreto con temblorosa mano. ¡Caducidad de los tres poderes! ¡Y sonó la hora de las amarguras, de las cesantías en masa, de las exoneraciones... y de los nombramientos a granel! Lo de siempre: el juego de la maroma. Unos suben, y otros bajan: mañana subirán éstos y bajarán aquéllos. Y así hasta que la tabla se rompe y todos se vienen al suelo.

Empieza la obra constructiva, la cruzada regeneradora. Pillastre que es exonerado, es sustituido por otro de más abolengo y mejor prontuario; malandrín que huye deja su sitio a otro que lo reemplaza con mayor eficiencia.

Los jueces constitucionales se van al mismísimo diablo, que para eso trae los suyos don Parménides Chirimoya.

Se descubren desfalcos, malversaciones de fondos, latrocinios más o menos académicos, delitos administrativos y privados de todo pelambre, lo que trae como consecuencia una lluvia de procesos, encarcelamientos y persecuciones cinematográficas. Lo mismo va a ocurrir con los miembros y la actuación de la Intervención si llega a triunfar el partido que ha sido desalojado.

S. E. en su despacho recibe a todas horas a sus "amigos". Lo abruman, lo asedian, lo ahogan, y, lo que es más terrible aún: lo llaman don Parménides a secas, comiéndose el Excelencia o el señor Interventor. ¡No le dicen ni siquiera doctor! ¡Para eso son correligionarios!

Uno que otro, no obstante, le da los tratamientos de rigor. Pero la mayoría, llevada por un secreto instinto de trepadora de narices, lo llama don Par-

ménides. Y él se deja llamar. Por otra parte, los altos funcionarios de la Intervención lo nombran de la misma manera. Y a medida que la austera figura de S. E. se va adueñando de los corazones partidarios, lo llaman don Parménides hasta los milicos de campaña.

S. E., a fin de no hacer desaguisados, anda con las "instrucciones" en el bolsillo. De vez en cuando las saca, lee, y medita. El espíritu y la letra de la cartilla del Poder Ejecutivo Nacional son terminantes y fáciles de aprender de memoria: "Llegar a la provincia; sentar reales en ella por un par de años. Anular al enemigo político. Y, sobre todo, ganar las elecciones."

Sin mucho esfuerzo imaginativo podríamos hacer la verdadera síntesis de la sobredicha cartilla suprimiendo todo lo demás y dejando la parte final únicamente: "ganar las elecciones", que, en último y concienzudo análisis, es lo dispositivo y terminante del documento. Y a ello se entrega S. E. con apasionamiento verdaderamente sublime.

Don Parménides no duerme. Contrariando sus austeras costumbres, don Parménides piensa. ¡Y menudas cefalalgias le trae desarreglo tamaño!

Atiende a sus "amigos", vehículos de toda clase de chismes. Don Parménides por aquí, don Parménides por allá. Chismes de la capital, chismes de los departamentos, chismes de los comités, chismes de las fracciones políticas, porque bueno es saber que no hay partido que se respete que no esté dividido en tantas fracciones como afiliados tiene.

Don Parménides se marea. No puede nombrar a todo el mundo; no puede contentar a tanto cau-

dillejo suelto. Y el resultado de ésto es que el partido se abre en "chirimoyistas" y "antichirimoyistas"; en amigos y enemigos de la Intervención. según los favores o negativas que de ella reciban.

¡Esto conturba el esotérico espíritu de don Parménides Chirimoya! ¡El vino a traer la paz y la concordia entre sus correligionarios; él vino a unirlos bajo el estandarte inmaculado de los altos ideales del partido! Y resulta que los inocentes corderillos desconocen al pastor y arman cada trifulca que da miedo.

Ditirambos por un lado, vituperio por el otro. ¡Lindo no más! Todo queda en casa. Don Parménides, hombre hecho a porrazos en su estancia, se acuerda de Martín Fierro:

"Hasta la hacienda bagualа
cae al jagüel con la seca".

Y sonríe socarronamente debajo de sus grandes mostachos de brigadier. La tremolina partidaria sigue. ¿Qué son Dédalo y su laberinto? ¡Piscolabis!

Mientras tanto, las carreteras se deshacen, el comercio ve mermar sus entradas porque los acridios giran mensualmente millares de pesos a sus familias lejanas; los dueños de hoteles y pensiones empiezan a encanecer y a hablar solos; las calles no se riegan, se suspenden las obras públicas, todos los intereses vitales de la provincia quedan relegados al olvido hasta que se aproxima el instante electoral. Y la baja politiquería baila, lo avasalla todo, lo enloda y ensangrienta todo.

S. E., entre tanto, sigue pensando en las elecciones. Cree oportuno llevar el aliento vigorizador de su presencia a la campaña. Sale acompañado de algunos altos funcionarios, y, naturalmente, no se olvida de su secretario privado, aquel gaucho lindo que lo sacó de apuros en la estación y en tantas otras partes, "¡Canejo!"

Recepciones aquí, carne con cuero allá, visita a la escuela tal, no para saber si se enseña, sino para indagar si los maestros son o no sus correligionarios, y proceder en consecuencia cuando llegue la oportunidad.

En los banquetes y reuniones, cuando le piden que hable, don Parménides, con la cara más inocente del mundo, mira a su secretario como al descuido. Este entiende en el acto. Dócil, y convenientemente pálido, empieza con las excusas del caso para el señor Interventor, que lo oye con íntima delectación como si saboreara un mate amargo.

Si está a su lado, y el orador se entusiasma más de lo pertinente, le pega unos golpecitos disimulados en el codo o lo tironea levemente del saco. El secretario cierra su discurso, y S. E. lo abraza; y como el secretario ha hablado por S. E., resulta que don Parménides se abraza a sí mismo.

El señor Interventor sigue su gira por el campo. "¡Lindo el campo! ¿No? ¡Esto es vida recién!" Los caudillejos del lugar lo acompañan. Las autoridades departamentales y otros admiradores no lo dejan ni a sol ni a sombra.

Visita establecimientos rurales, salas de primeros auxilios, comisarías, con el loable propósito de constatar "de visu" e "in situ", las necesidades y ade-

lantos de la zona, adelantos y necesidades que se relacionan directamente con la partecita final de ls "instrucciones", la que repiquetea en los oídos y en el corazón de don Parménides.

El paisanaje, piloteado por los caudillos del distrito, le recibe a gritos en todas partes. Don Parménides sonríe al llegar, se apea de su automóvil y, antes de saludar a nadie, empieza a hacerlo con los más humildes. Les da la mano a todos, así sean quinientos, pues no se perdonaría a sí mismo ninguna omisión de tal naturaleza. Saluda con un "¿Qué tal, mi amigo", "¿Cómo le va yendo, mi amigo?" "Muy buenas tardes, mi amigo". Y se despide de la misma manera, esto es, tratando de amigo a "tuito el gauchaje".

Don Parménides sostiene la sesuda tesis de que un peón desconforme puede hacer perder una elección. La repite en forma axiomática a sus correligionarios. No se cansa de decirles: "¡Hay que cuidar al pión! ¡Hay que cuidar al pión!"

De ahí su enternecedor afecto por el paisano. Por otra parte, hay en todo esto cierta respetable razón sentimental. Don Parménides, frente al chinaje, se pone nostálgico. Evoca su estancia o su chacra. Se acuerda de sus vaquitas, de su pingo, de su traje de campo, y suspira arreglándose la corbata que forma en las filas de la oposición, pues nunca está de acuerdo con el cuello de don Parménides.

Las órdenes que deja a las autoridades son terminantes: "¡Hay que ganar las elecciones!" Especie de imperativo categórico que escapó al análisis de Kant y que don Parménides lleva prendido entre ceja y ceja como un garrapata.

Pasa el tiempo, y el anhelado decreto de convocatoria a elecciones no aparece por más que se le anuncia. Y es que la oposición hace sentir su peso todavía. Arrecian las persecuciones, los encarcelamientos, los secuestros, las desapariciones misteriosas de los ciudadanos.

Cuando don Parménides "tiene el pálpito" de que la carrera puede largarse, se hace un viajecito a Buenos Aires "para lograr de las autoridades centrales algunos adelantos para la provincia", y a su regreso aparece el sobredicho decreto, tan soñado por todos y más aún por los que están famélicos desde hace algunos años.

Entonces, con una ingenuidad maravillosa, don Parménides pone en juego todos los recursos conocidos. Se inician obras públicas en toda la provincia, se reparan a medias las carreteras deshechas, se riegan las calles, se tienden puentes cuyos proyectos y presupuestos están aprobados hace rato, se refaccionan edificios públicos, se fundan hospitales aunque después no se terminen, se abren escuelas y se pone patas arriba a la provincia entera y al tesoro público.

Millares de peones entran a trabajar con jornales extraordinarios; se nombra a diestra y siniestra, y, simultáneamente, hacen su aparición en escena "la artillería pesada" y "las cargas de caballería": secuestro de libretas cívicas, habilitación de nuevos calabozos para los enemigos políticos, nuevos procesos, fantásticas tentativas de alteración del orden público, detenciones espectaculares, plantones, tiroteos contra los comités opositores, restricción o prohibición absoluta de las reuniones políticas que no

sean oficialistas, palizas periodísticas y de otras y, en resumen: todos los medios "legales" para ganar una elección.

La manga de acridios figura en los padrones. ¡Y es razonable, señores! ¿No hace dos o tres años que está asentada en la provincia? ¿No llega también "el golondrina" y se inscribe nada más que para votar? ¿Es que ustedes pretenden que don Parménides Chirimoya quede como un cafre con el Poder Ejecutivo y con el Comité Nacional?

Por otra parte: ¿a qué vino la Intervención a la provincia? ¿A reparar el desbarajuste administrativo? ¿A poner las cosas dentro de la Constitución, del orden y del progreso? ¡No, señores! ¡Vino a devolver "las libertades conculcadas" y a "velar por la pureza del sufragio"!

Las elecciones se ganan de medio a medio en los departamentos. Pero en las ciudades la Intervención es batida. Ello no le quita el triunfo, por cierto, pero es un índice de su gestión y que ha hecho exclamar a don Parménides en rueda de íntimos, con tono entre compungido y regocijado.

¡"Menos mal que hemos volcado los padrones en la campaña, que si no, yo no sé cómo me las habría arreglado en Buenos Aires! ¡Bueno: áhura pa casa! ¡Otra vez vamos a apretar los tornillos con más juerza!"

Se lleva a cabo la transmisión del mando. ¡La langosta se va! El "Exodo" mosaico queda eclipsado ante esta magna epopeya.

Del tránsito de la Intervención sólo ha quedado en la provincia la pobreza general, los empréstitos abrumadores y la necesidad imperiosa de que la vuelvan a intervenir.



DOS SEMBLANZAS DEMAGOGICAS

DON LUPERCIO CACHEUTA Y SU MAYORAZGO

¡Lupercio Cacheuta! ¿Qué comprovinciano no recuerda a don Lupercio Cacheuta? ¡Qué digo? ¿Qué compatriota no lo recuerda? Porque don Lupercio llegó a ser una figura nacional, puesto que nos representó en el Congreso como diputado durante un período de cuatro años sin dejar más huella de abnegada actuación que su firma sospechosamente aljamiada puesta al pie de los recibos de sus dietas.

De todos modos, la Provincia le está profundamente agradecida. Si hubiera hecho algo, habría sido peor.

La historia de la demagogia tiene que catalogar a don Lupercio entre los espíritus abiertamente maeterlinianos. Emerson y Carlyle lo hubieran aceptado con gusto como compañero durante la famosa entrevista junto a la chimenea del autor de "Los Héroes".

En nuestra provincia fué un caudillo popularísimo. Llegó a ser jefe de fracción, que no es mucho ni poco decir. Y tal fué su influencia sobre las masas, — pero no encefálicas, — que aun después de su muerte su nombre sirve de bandera y hay "cacheutistas" hasta en las cárceles.

Era el primogénito de una familia compuesta de nueve o diez hermanos, tan pollinos como don Lupercio, circunstancia que no fué óbice, — sino por el contrario, mérito, — para que hubiera un Cacheuta holgadamente ubicado en cada oficina pública provincial.

Don Lupercio tenía algunas debilidades futuristas. Fué, por así decirlo, un oscuro precursor de la nueva sensibilidad literaria, hecho que me permito señalar a los escritores de vanguardia a los fines pertinentes.

Don Lupercio al escribir, — ¡porque sabía escribir, señores! — abolía la puntuación y las mayúsculas. A veces, en su afán renovador, y siguiendo los nobles ímpetus de su inquieto y fogoso espíritu, introducía en sus mismas maneras alguna nueva reforma ortográfica, y escribía "Perro", "Lápiz", "Expediente", con tamañas mayúsculas decorativas, y "lupercio", "francisco", "mendoza", con minúsculas de franciscana humildad.

Su admiración por Marinetti y Apollinaire, — ciudadanos que él llegó a apreciar como a verdaderos correligionarios, — lo llevó también a querer introducir algunas reformas en la tabla de multiplicar atribuída al conocido opositor señor Pitágoras, sosteniendo, por ejemplo, con una convicción impresionante, que un elector, multiplicado por otro elec-

tor, forman diez electores, resultado que podía o no variar según las circunstancias en que se llevaban a cabo las elecciones.

Uno de los triunfos más ruidosos de la meteórica vida pública de don Lupercio, fué cuando en el Congreso Nacional tuvo que oponerse a un proyecto de Intervención a su provincia. Hizo tan brillante defensa, tal apología de la situación imperante, adujo tales argumentos en favor de las autonomías provinciales, fué tan luminosa su exposición, que la Cámara, enceguecida, encandilada, votó el proyecto sobre tablas y lo sancionó por unanimidad de votos, entre los cuales, con el asombro de los legisladores, se contó el de don Lupercio Cacheuta que, en el éxtasis de su inspiración parlamentaria, se olvidó de su defensa y votó por la afirmativa.

Y es que don Lupercio estaba fuera de su órbita. El Congreso, ¡tan grandotazo!, lo impresionaba un poco, al punto de transformarlo en el más asiduo cultivador del floripondio del silencio. Si intentaba mudar su plausible condición de ostra, peor. Ya conocemos los resultados. Votaba en favor de lo que acababa de rebatir con todas las fuerzas de su lírica alma republicana.

Lo que hay de cierto en el asunto es que don Lupercio Cacheuta añoraba el ágora ateniense de sus campiñas y valles nativos. ¡Allí sí que se sentía a gusto! ¡Allí, sintiendo cerca de su corazón el latido polífono de su "querido y noble pueblo", aspirando el arrobador aroma de las empanadas, bebiendo elixir vernáculo, bailando cuecas, — don Lupercio era un entusiasta propulsor del folklore, — y entonando vidalas con letras convenientemente

adaptadas a su partido, para arengar después a sus correligionarios, ora con acento profético y terrible, ora con sutileza ática, ora con insinuante media voz, después de lo cual descendía de la tribuna, — que era su mancarrón, casi siempre, — y se confundía con sus oyentes en grandes abrazos apocalípticos!

¡Eso era democracia, señores, y no el estiramiento del Congreso Nacional! Si no hubiera sido, como era, un espíritu hecho a las grandes disciplinas filosóficas, don Lupercio Cacheuta, arrastrado por su melancólica nostalgia, se hubiese puesto a llorar ahí mismo, en su banca de diputado. ¡Menos mal que en sus conversaciones con los ordenanzas del Congreso, — ¡buenos criollos, caray! — hallaba don Lupercio un delicioso consuelo.

En su tierra era otra cosa. Allí podía darse el gustazo de no ponerse cuello y resollar a sus anchas, y el no menos grande de entregarse a sus patrióticas especulaciones sin el miedo que le infundía Buenos Aires.

La clasificación zoológica de don Lupercio hallábase en el orden de los carnívoros, pese a que puedo asegurar que también gustaba de los vegetales. Don Lupercio podía ser nuestro aguará-guazú, (*Canis jubatus*), o, dada su natural modestia, nuestro muy poco nobiliario zorro (*Canis griseus*). Tenía la astucia de ambos, y, como a ellos, su fino instinto le llevaba siempre al corral donde había mayor número de borreguillos o gallinas, así no tuvieran aquéllos ni éstas ninguna prosapia o proceridad familiar.

Su vida, fué pues, una página más en la demago-

gia provinciana, escrita como todas las otras, "prodomo sua'', y con las necesarias alabanzas al ''querido y noble pueblo'' que lo contó entre sus garrapatas.

Cuando la oposición o la vigésima intervención desalojó del poder al partido de don Lupercio, éste, dando un alto ejemplo de civismo, se reintegró a su antiguo y benemérito menester de sembrador de patatas, hecho que me autoriza a suponer que don Lupercio Cacheuta amaba secretamente al alto poeta de ''Las Geórgicas'' y que no desconocía las virtudes públicas y privadas de Cincinato.

Poco tiempo después, su gran corazón, herido de muerte por el susto y la pena que le ocasionara la derrota, dejó de latir para la comunidad. Murió estoicamente en su retiro, — ¡y no en la cárcel, como afirman algunos historiadores tendenciosos!, — rodeado de conejos, gallinas, chivatos, lechones y correligionarios, unidos en un solo llanto desgarrador y ligeramente wagneriano.

Cualquiera que llevado por su amor al refranero exclamara: ''Muerto el perro se acabó la rabia'', se equivocaría lastimosamente, porque el virus demagógico, tan maligno como cualquier otro, no desaparece con el enfermo, ni se cura en institutos adecuados como la hidrofobia.

Don Lupercio, al morir, a más de su finquita y sus animalitos, dejó su nombre preclaro como estandarte a cuya sombra se congregó la fracción que le fué adicta en vida.

Don Lupercio, como el Cid muerto sobre su caballo, seguía ganando, si no batallas, alguna que otra elección provincial. Su presencia metafísica no

logró ultrapasar los límites del terruño, pero aparecía, y no de incógnito, en todos los revoltijos políticos, para animar a sus huestes.

Su hermano inmediato menor, don Sofronio Cacheuta, heredó el mayorrazgo. Don Sofronio, físicamente, era una especie de calcomanía del finado. Bajo, rechoncho, cráneo enorme, — en absoluto desacuerdo con el contenido, — exornado de crenchas hirsutas, nariz de fresa gigante (Fragaria vesca) poderosas mandíbulas y dulces ojos adormilados. No era posible confundirlo ni con el "David" de Miguel Angel, ni con "El discóbolo", ni con el "Perseo" de Benvenuto.

Ello no obstante, don Sofronio tenía veleidades artísticas. Hacía sifones y alcantarillas de cemento armado. Recurría a la "arquitectura", y de ella vivía, cuando las intervenciones o los cambios de gobierno lo dejaban cesante.

A veces, en sus arranques universalistas, se sentía émulo de Lesseps o Eiffel, y dábase a la construcción de uno que otro puentecito de mampostería, o invadía denodadamente el terreno de la vialidad haciendo abovedamientos, terraplenes, cunetas, llegando en su exaltación ingenieril a emprenderla con el hormigonado, para desdicha del turismo y de la repartición pública que tales trabajos le encomendaba como recompensa a su desplazamiento de la política.

En estas cruzadas progresistas acompañábanlo invariablemente cuatro o cinco apóstoles fidelísimos que hacían de oficiales ayudantes de don Sofronio.

Mas solía acontecer que en lo mejor de la construcción de una alcantarilla, hecha ya un ala, o una

cámara, o un estribo, el partido reclamaba a don Sofronio, quien, dejando cucharas, plomada y cemento e invitando a sus apóstoles a que lo siguieran, se reincorporaba a la vida pública para servir de estandarte a sus correligionarios.

Lo curioso, lo realmente curioso e inexplicable, es que alrededor de don Sofronio se congregaban, no solamente los genuinos elementos populares, sino también los universitarios; médicos y abogados en su mayor parte, que hacían calurosas apologías del sucesor de don Lupercio como si se tratara en realidad de un nuevo mesías de la democracia.

Cuando por un motivo u otro el partido no lo necesitaba, sus "amigos" lo bajaban del asta, y él en silencio, volvía a meterse en sus alcantarillas, de donde volvían a sacarlo oportunamente para colocarlo en el asta a guisa de flamante y enardecedora bandera.

Dejaba de ser entonces "Sofronio Cacheuta, contratista constructor", como rezaba su tarjeta de visita, para pasar a ser "El hermano de don Lupercio", o "El hermano del finado". Con estos novelescos títulos, levemente esotéricos, hacía todas sus campañas democráticas.

La más árdua de éstas fué la que encabezó, — porque tenía cabeza de sobra, — para propiciar un movimiento de opinión pública en pro de una nueva intervención, la cual, según se sabía de antemano, sostendría en la provincia los viejos ideales que había hecho suyos don Lupercio durante su larga vida de sacrificios.

Y la intervención llegó, poco tiempo después, como la cosa más natural del mundo. Don Sofronio,

"El hermano del finado", se elevó a la categoría de personaje dirigente, dejando una alcantarilla a medio hacer.

Su influencia era manifiesta. Entraba en el despacho del interventor, — de quien se hizo un tierno amigo, — como en un caño de cemento de un diámetro correlativo a su voluminosa persona; presentaba a sus correligionarios, se hacía nombrar a su placer y detentaba, en una palabra, todas las altas atribuciones de un verdadero caudillo. ¡Era "El hermano del finado", señores!

Su casa particular, grande y ancha casa criolla, era el comité central de su fracción. Don Sofronio, en mangas de camisa, jopo en ristre y la fresa nasal más roja y granulada que nunca, iba y venía entre las compactas filas y pelotones de sus "amigos", ¡los nobles y queridos "amigos" del finado!, que se aprestaban a la repartija de todas las posiciones públicas, porque el señor Interventor, interpretando fielmente el artículo 105 de la Constitución Nacional, daba ganadas las elecciones, con toda la lista de candidatos que ya se traía en el bolsillo.

Cuando don Sofronio era presentado a algún alto personaje de la manga de acridios, (léase intervención), lo hacían invariablemente con la pomposa designación de "El hermano de don Lupercio, nuestro amigo don Sofronio Cacheuta! Cuando presidía la mesa directiva de su partido, era "El hermano de don Lupercio". Si encabezaba alguna manifestación callejera, si le pedían que hablara, si daban vítores a su persona, todo era acompañado o precedido por "El hermano del finado", o "de don Lupercio", a lo cual algunos correligionarios

enternecidos por el recuerdo del que fuera su augusto jefe, agregaban: "¡Que en paz descanse, el pobrecito!"

Don Sofronio, bajo aquella intervención lupercista, logró ubicar de nuevo a sus siete u ocho hermanos menores, a sus cinco apóstoles y a todos los que acompañaron en vida a don Lupercio y lo lloraron en la hora luctuosa de las escisiones irreparables, esto es, cuando "la Parca nefasta" entra a tallar en política y se lleva a algún dirigente de la categoría de don Lupercio Cacheuta.

Cuando el interventor nacional, siempre de acuerdo con el ya citado artículo 105 de nuestra Carta Magna, le ofreció a don Sofronio una "banquita" en la Legislatura, "El hermano del finado" se sobresaltó. ¿Qué iba a hacer él sentado en una banca? Tenía el ejemplo de su querido hermano, es cierto; pero no era decisivo. Don Sofronio, secándose la fresa humedecida por la emoción, exclamó con heroica firmeza:

—¡Grasia, Eselensia! ¡Tenimo, Eselencia, que seguir trabajando por el partido, y la deputasión me va a ievar tiempo!

—Y entonces, ¿qué desearía, mi buen amigo? Porque tengo instrucciones de darle algo. ¿No?

—¡Lo que su Eselensia diga! ¡Siempre que io pueda seguir en mi puesto de combate!

El "combate" a que referíase don Sofronio era el que mantenía diariamente en los ministerios, pidiendo puestos para sus abnegados camaradas de lucha.

"El hermano del finado" fué investido con el significativo título de elector, función elegante y

fácil de desempeñar, ya que tan noblemente habíase rehusado a aceptar una banca de diputado.

Pero una catástrofe imprevista, absolutamente "antidemocrática", vino a dar por tierra con los magnos proyectos restauradores. ¡La intervención perdió las elecciones! El partido del gobierno que fuera intervenido, volvió al poder. Una casa de modas en medio del desierto del Sahara, habría sorprendido menos que aquel inolvidable desastre.

Don Sofronio y sus cinco apóstoles, recogiendo sus plomadas, sus cucharas y escuadras, refugiáronse en el arte. Volvieron a sus alcantarillas. El arquitecto mayor dejó de ser "El hermano del finado", o "de don Lupercio", y pasó de nuevo a llamarse don "Sofronio Cacheuta, contratista constructor."

Estos cambios de títulos se produjeron en la vida de don Sofronio con una espeluznante frecuencia, hasta que su vocación arquitectónica, innata en su exquisito espíritu, triunfó sobre las glorias efímeras del mundo.

Y esta ha de ser la hora en que don Sofronio, transformado en pichi-ciego (*Chlamydophorus truncatus*) y acompañado de sus cinco apóstoles, trabaja seguramente en la fresca penumbra de alguna nueva alcantarilla, alentado en su fiebre creadora por el ejemplo cincinatiano de don Lupercio.

APOLOGIA POSTUMA DEL DOCTOR MARATON HUMITA

Nuestra amistad era eminentemente constitucional. Nos conocimos a raíz de los Artículos 5º y 6º de la Ley de las Leyes, atingentes a la intervención federal en las provincias a los efectos de la reorganización de los poderes públicos.

El era miembro de la Intervención; yo, el más humilde de los ciudadanos de la provincia intervenida. Ello no obstante, pude llegar casi a las puertas de su gran alma intervencionista y deslumbrarme con su pasmosa y dulce sabiduría.

El doctor Maratón Humita era la personificación de la mansedumbre. Había llegado a las cumbres austeras de la serenidad mediante la frecuentación de la más genuina filosofía criolla. Era un discípulo conspicuo del viejo Vizcacha.

Sus ojos pequeños, redondos y ligeramente bovinos, irradiaban una bonachona confianza detrás de

los cristales de sus enormes lentes montados en espectacular armazón de tortuga.

El doctor Maratón Humita era bajo, un tantillo obeso y patizambo. Tres prendas de vestir eran en él ireemplazables, insustituíbles sin riesgo de que el doctor Humita perdiera toda su impresionante personalidad de procónsul: su galerita, adquirida según todas mis sospechas por el distinguido patriarca Noé para no andar destocado durante el temporal; su jaqué, de origen no menos bíblico que su pavita, y su deslumbrante chaleco de fantasía, de diminutas margaritas silvestres sobre campo de púrpura, exornado de una que otra mancha subrepticia, rebelde a la bencina.

Cruzaba el rojo campo del chaleco, abovedado por la digna adiposidad de su dueño, una fantástica cadena de oro que, prendida de uno de los ojales superiores de la prenda y cayendo sus extremos hacia las faltriqueras en donairosas curvas, asumía cierta elegante y marcada similitud con un ancla de barco ultramarino.

Del punto medio de la bifurcación, esto es, del ojal, caía a su vez, perpendicularmente y al desgaire, un medallón en el que se admiraba en relieve la efigie del más alto dirigente partidario, y el que, colgante de su áureo trampolín, oscilaba parsimoniosa e isocrónicamente de acuerdo con la marcha, — "andante, maestoso o sostenuto", — de don Maratón.

Completaba la segura elegancia del doctor Humita,—¡no siempre me atrevo a nombrarlo don Maratón, a secas! — un bastón de ñandubay con empuña-

dura de marfil representando una paradojal cabeza de negro.

Don Maratón, a pesar de que era distraído como todo filósofo que se respete, no se olvidaba jamás de salir a la calle desprovisto de ninguna de las cosas enumeradas. Dejaría de ponerse la corbata o el cuello, o los calcetines, o sus puños de mey, pero no su jaqué, su galerita y su chaleco desesperante, para poder empuñar, ya del todo vestido y acicalado, su cayado vernacular y lanzarse a la calle con la íntima convicción de que Petronio y Brummell quedaban eclipsados por él ante la historia de la elegancia y la donosura masculina.

El doctor Maratón Humita era miembro de la magistratura de la capital de la República. Pero estaba en uso de licencia, con goce de sueldo y retención del cargo, desde hacía unos diez años, porque el doctor Humita se había transformado en molusco. Era lapa perpetua e inconmovible adherida a las Intervenciones.

Diez años hacía que no paraba en su casa y que no asistía a su empleo, porque desde que lo designaron miembro de una Intervención, continuó siéndolo de otra cuando terminó la primera, y luego de la tercera cuando terminó la segunda, y así, sucesivamente, hasta la hora nefasta de su último trance que lo sorprendió en plena tarea de asesoría en la décimocuarta intervención de la serie.

La Parca ineluctable, — como empezó diciendo un orador en el peristilo de la necrópolis lugareña cuando nos desprendimos del doctor Humita, — interviniendo a su vez en la vida de mi añorado amigo constitucional, restó a la manga de acridios vo-

ladores uno de sus valores más altos y ponderables.

El doctor Humita aveníase a desempeñar cualquier cargo, pues sus arraigadas virtudes republicanas le impedían andar eligiendo, y sometíase a las designaciones de que era objeto con una conmovedora resignación. Así fué Director General de Escuelas en la provincia A, Procurador de la Corte en la provincia B, Intendente Municipal en la provincia C. Pero no enumeremos, porque correríamos el riesgo de hacer aparecer al doctor Humita en franca contraposición con el desventurado Manuel Godoy, entre cuyos títulos figuraban todos, inclusives los de malandrín y aventurero.

Pero el doctor Humita no era ambicioso. Por el contrario, era hombre de una ejemplar modestia, recatado y mansueto. Había descubierto la manera de cobrar dos o tres sueldos a la vez, viajar con boleto oficial por toda la República en voluptuoso "pullman", ser bien recibido en todas partes por "los pueblos oprimidos y vejados por los malos gobernantes", y otras cosas no menos encantadoras y bellas.

La vida de don Maratón transcurría en un dichoso sueño del que no despertaba sino para cobrar. En sus instantes de romanticismo, se imaginaba habitante de una isla del Trópico, hundido en una mecedora, a la sombra de una palmera milenaria y arrullado por el canto melodioso de los pajaritos. En estos arrobadores momentos, poco faltaba para que el doctor Humita sintiera arder en su alma el "mens divinior" de Horacio. Porque yo abrigo la convicción profunda de que mi amigo constitucional, al margen de sus augustas tareas,

hacía madrigales y acrósticos. ¡La historia me dará la razón, señores!

Lo más desagradable que podía ocurrirle al doctor Humita era que, en una de sus tantas incursiones imaginativas a las islas de su propiedad, el señor Interventor lo designara para una misión importante en el interior de la provincia en trance de redención.

Una vez, por ejemplo, apareció por ahí un maestro de escuela que estaba haciendo barbaridades. Le había dado por enseñar a leer, a escribir y a sacar cuentas a los alumnos de una escuela fiscal. Los caudillejos lugareños diéronse prisa en denunciar al revoltoso. Lo vieron al Interventor, quien, seriamente alarmado, puso de inmediato el hecho en conocimiento de la Dirección de Escuelas, a cargo a la sazón del doctor Maratón Humita. Este, sin apresurarse mucho, se apersonó al Interventor para dilucidar el complicado problema que el maestro les planteaba. El doctor Humita, invitado a emitir su valiosa opinión, dijo que no había que asignarle mayor importancia al asunto.

—¡Ha de ser algún loco de verano, Excelencia! Pero, si Su Excelencia quiere, puedo mandar un inspector.

—¡No, mi amigo! ¡Es necesario que vaya usted en persona y me le pegue una sofrenada al mozo ése!

Contestó medio asustado el Interventor. Y le dió órdenes terminantes al doctor Humita que, al día siguiente, vióse precisado a tomar el tren con su bastón de ñandubay en una mano y una valijita en la otra. ¡Dejar su mesa, su cama, su partida de

póker, sus amigas dilectas, para ir a sumariar a un maestro que estaba haciendo pavadas!

El anuncio de la llegada del doctor Humita, puso en revolución al cachazudo magisterio rural lesionado en sus sagrados intereses de comité, por el intruso que, por tener título, se creía con más condiciones que ellos, ''miembros de las aguerridas huestes partidarias''.

Llegó el doctor Humita, se ubicó en el mejor hotel pueblerino, y previo baño y acicalamiento, recibió a los caudillejos y a la delegación de ''máistros'' damnificados, ''correligionarios de ley'', según la presentación de los dirigentes.

Don Maratón, hundido en una poltrona y con las manos cruzadas sobre su querido chaleco, oyó a acusadores y les prometió "arreglar el asunto". ¡A él con rompederos de cabeza, tan luego a él, miembro conspicuo de la pachorra provinciana! Lo hizo llamar al delincuente. Lo invitó a sentarse, y con melifluo pero persuasivo acento, le dijo:

—Vea, mi amigo. Usted se ha colocado en un terreno resbaladizo. No voy a censurarle su actitud de querer honrar a la Pedagogía. ¡Qué esperanza! Pero la broma es que con eso usted obliga a sus queridos colegas a que estudien y enseñen, y me va a crear un conflicto de los mil demonios. ¡Déjese de lirismos, mi amigo, y diga que dos más dos son cinco, y escriba ojo con hache como los otros!

—Pero, señor Director; a mí me pagan para enseñar, y me recibí de maestro normal para eso!

—No se lo voy a discutir, porque soy por temperamento enemigo de las discusiones. Pero lo mis-

mo le vamos a pagar para que no enseñe. No se aflija.

—Sí, pero...

—¡No insista, mi amigo! No quiero verme obligado a tomar medidas enérgicas. Piense que los otros, "amigos" de primera, también tienen que vivir.

—Que no ejerzan el magisterio, doctor.

—¿Y qué les damos, si no hay vacantes administrativas? ¡Tienen que vivir, mi amigo! ¡El partido los necesita!

El doctor Humita "arregló el asunto". El loco lindo se comprometió a solidarizarse con sus colegas. Un día don Maratón encontró uno que no quiso hacerlo por dignidad, y lo dejó cesante de una plumada. Era hombre expeditivo. ¡A grandes males, grandes remedios!

Después del feliz éxito de sus gestiones, volvíase a la ciudad con su bastón y su valija a continuar su interrumpida somnolencia.

En otra oportunidad, en otra provincia, y a las órdenes de otro Interventor, desempeñando el cargo de Asesor de Gobierno, le tocó actuar en un asunto más peliagudo. En determinada circunscripción judicial de la provincia había un Juez irreductible e insobornable. Contra él se estrellaron el caciquismo demagógico y el mismísimo Interventor. Los "sagrados intereses" de más de un correligionario se veían en peligro. El hecho asumía caracteres sacrílegos. No había forma de que el Juez absolviera a ningún "amigo" al que se le hubiera ido la mano, ya sea armada de un cuchillo en el pellejo de un opositor, o de uñas de sabio chino en las ar-

cas fiscales. El Juez, inconmovible a toda influencia política, seguía obrando de acuerdo con la Ley y su conciencia.

Don Maratón, con el consiguiente disgusto, tuvo que abandonar su trópico maravilloso, y lanzarse a orear su chaleco, su jaqué y su pavita, en inseparable consorcio con el sobredicho bastón de cabeza paradógica.

El abordaje ofrecía esta vez algunas dificultades. No se trataba de un maestro que podía o no aflojar según fuera su hambre atrasada y los meses que llevara sin cobrar, sino de un Juez, amparado en su puesto por la Constitución, "mientras dure su buena conducta", que era, precisamente, la esencia de la cuestión que se le planteaba al emisario del Interventor, todo bonhomia en su jaqué escapado de las severas páginas del Deuteronomio.

Pudo hacerlo llamar al Juez a su hotel, pero mi amigo constitucional, aconsejado por su larga experiencia, creyó más oportuno trabajar en el terreno de la diplomacia, y lo visitó en su despacho.

Se acomodó en una butaca, cruzó, como le era de rigurosa práctica, sus manos regordetas sobre el crepúsculo rojo de su chaleco, y empezó a hablar con dulzuras de miel silvestre, sonriendo paternalmente:

—El señor Interventor me ha confiado una misión que deseo tenga el mejor auspicio de parte del señor Juez.

—Usted dirá, doctor.

—Aquí hay un "quid pro quo"...

—¡Ninguno, doctor Humita; ninguno!

—¡No me interrumpa, señor Juez! Aquí hay un

"quid pro quo" que es necesario que desaparezca para tranquilidad suya y de todos.

—¡Pero si yo creo cumplir con todos los deberes de mi alto cargo! Hago justicia estricta, rigurosa.

—¡Precisamente, precisamente; "hic jacet lepus", mi querido doctor! ¡A eso vamos! Usted nos está partiendo por el eje. Los correligionarios se quejan. Usted sigue condenando a diestra y siniestra, y à este paso nos vamos a quedar sin gente en el partido.

—¡Pero doctor Humita! ¿Quiere usted que absuelva a homicidas y ladrones? ¿Que sobresea a cuatreros? ¿Y que lleve a la cárcel a las personas de bien?

—¡Doctor Verdolaga: colóquese en un terreno razonable! Si usted no hace eso, la Intervención va a perder las elecciones, y nuestro prestigio en el orden nacional se viene abajo.

—¡Lamento, doctor Humita, no poder corresponder a sus insinuaciones!

—¡Pero señor Juez, usted, con una encantadora imprudencia, se está jugando su puesto! ¡Son mil pesos, doctor Verdolaga, sin contar los extras!

—¡Mi conciencia y el respeto a los Códigos y a la sociedad valen más que eso!

—¡Bueno, bueno! Yo creía que el romanticismo había pasado de moda, y resulta que se ha metido en los estrados de la Justicia. ¡Usted es un romántico, doctor Verdolaga! Dígame: ¿no puede hacerme cebar unos matecitos?

—No tomo mate en mi despacho.

—¡Lástima, con las ganas que tengo de tomar unos mates! Sí, pues, como le decía: usted es un

discípulo directo de Chateaubriand y Lamartine. Lo invito a que recapacite. Vuelva sobre mis razones, mi querido doctor Verdolaga. Medite, y véame luego en el hotel.

—No hay necesidad. ¡Nada debo agregar a lo dicho!

—Bueno. ¿Qué le vamos a hacer? El señor Interventor dirá su última palabra. ¡Doctor Verdolaga: lamento irme como he venido, y sin tomar unos mates!

El doctor Maratón Humita, durante el viaje de regreso, se entretuvo en el coche comedor haciendo algunos aforismos sobre la ingenuidad de los hombres, mientras sorbía su ginebrita a intervalos cada vez más cortos.

Llegó a la ciudad y dió cuenta al Interventor de su rotundo fracaso.

—¡Pior para él! — fué el breve e incisivo comentario de Su Excelencia. Y al otro día, pese a la inamovilidad constitucional de los miembros de la Judicatura, apareció un decreto por el cual se declaraba separado de su cargo de Juez en lo criminal y Correccional al doctor Epifanio Verdolaga, por "razones de mejor servicio".

Don Maratón, siempre digno y sonriente, volvió a su refugio sibarítico de molusco, dispuesto a no dejarse sacar por ningún otro romántico como el maestro de un día y el Juez que acababan de 'jubilar".

Y la vida del doctor Maratón Humita siguió su curso normal, esto es: a la zaga de todas las intervenciones, con la misma fidelidad que lo seguían a él los faldones de su jaqué, su chaleco y su galera...

Del bastón no hablemos. Mi amigo constitucional dormía con él.

De esta suerte, durante diez años, este maravilloso turista recorrió la República de Norte a Sud y del litoral selvático a la abrupta región andina, lamentando más de una vez en el fondo de su gran alma, que el Neuquén no fuera provincia, pues tenía vehementes deseos de pasarse una temporadita de "reposo" cerca del Nahuel Huapí, melodiosamente arrullado por las aguas y las araucarias.

De su tonada nativa le quedaban sólo algunos remotos indicios. Pues a fuerza de estar en las demás provincias, había contraído una de muy personalísimo acento que en su boca florecía en melancólicas y cadenciosas saudades. La tonada del doctor Maratón Humita era algo así como la de un puntano hablando en portugués, o viceversa. Y esto lo tornaba particularmente sugestivo y evocador.

Pero, ¡ay, señores!; Menandro tenía razón. Si bien mi amigo constitucional había dejado de ser joven, como su jaqué y su galera, era, en cambio, un amado de los dioses. Y una noche, a los postres de un banquete de confraternidad político-intervencionista, en el que se celebraba la unificación del partido, — ¡y que terminó a trompada limpia y en florecimientos de equimosis y nuevas fracciones!, — el doctor Maratón Humita, después de un discurso que sus "amigos" llamaron "El canto del cisne", se sintió enfermo de gravedad. Como sus correligionaris tenían que seguir "celebrando" la unificación a fuerza de chichones, tocóme a mí, — "el opositor vitalicio desconocido" — la suerte ine-

fable de atenderlo en sus instantes postreros y recoger sus últimas conmovedoras palabras.

Cuando lo hallé indispuesto, lo metí en un coche, lo llevé a su hotel y lo acosté en su lecho, todo lo cual, — además de la correspondiente tarifa del vehículo, — me costó más trabajo que dar la vuelta al mundo en bicicleta.

En un instante de lucidez del doctor Humita, le pregunté con amoroso acento:

—¡Mi querido don Maratón! ¿Quiere que llame a algún miembro de su familia?

Mi amigo constitucional abrió los ojos, me miró como si yo fuese la personificación del Limbo, y murmuró tras hondo suspiro:

—¡Caramba, qué contratiempo! ¡No sé dónde la he dejado! Hace diez años que viajo.

—Por lo menos me dirá usted dónde quiere reposar definitivamente.

—¡Otro contratiempo! ¡No había pensado en eso! — Tuvo unos segundos de silencio, después del cual agregó como si despertara de un largo sueño cataléptico: — ¿Quiere decirme en qué provincia estoy?

Yo, con acento conmovido, se lo dije. El reaccionó de súbito, abrió más los ojos, y dijo con cierto calor patriótico:

—¡Pero si estoy en mi provincia natal, pues! Dígale al Interventor que me haga enterrar aquí no más, y con banda de música. ¡Ah! Y que impute los gastos de mis exequias a Rentas Generales.

Luego creí oír como un susurro, mas de ello no puedo dar absoluta fe, estas maravillosas palabras horacianas:

—¡"Dulce et decorum est pro patria mori!"

Dicho esto, y previo un ligero sacudimiento espasmódico, el alma prócer del doctor Maratón Humita se elevó rumbo a lo incognoscible como un imponente aerostático.

La circunstancia nada teosófica de que yo no pudiera desvestir a mi amigo constitucional, dado el estado gelatinoso en que salió del ágape, hizo que muriera rigurosamente enfundado en su jaqué y en su chaleco, y, por añadidura, con los ojos abiertos tras los empañados cristales de sus lentes.

Yo, en un arranque piadoso fácil de comprender, le saqué los lentes, le cerré los ojos, y volví a colocarle los lentes sobre su nariz grecorromana.

Mi amigo constitucional, el doctor don Maratón Humita, en su lecho mortuorio, sonreía de una manera inefable, dulce, arcangélica, como cuando se ubicaba en un "pullman" para dirigirse a una provincia intervenida.

DE LOS DIVERSOS MODOS DE GANAR ELECCIONES

(Breve manual del perfecto comicio demagógico)

Las elecciones demagógicas pueden ganarse de diversos modos, y también legalmente. Pero este último medio queda descartado por completo, debido a que puede prestarse a sorpresas desagradables.

La habilidad consiste en revestir de aspectos de legalidad a todo trabajito ilegal, puesto en acción para ganar, y, sobre todo, en no dejar de defender a capa y espada "la pureza del sufragio".

Algunos puntos de la campaña argentina están tan acostumbrados a las elecciones fraudulentas que, cuando por una equivocación del destino se realiza de acuerdo con la ley pertinente, es tal la sorpresa de los electores que no va ya nadie a votar. Mas como esto acaece muy de bisiesto en bisiesto, el pueblo ha terminado por confundir los términos, y llama ilegales a las elecciones correctas, y legales a las que ofrecen mayor número de trampas.

Si hay ingenuos que creen que en los lejanos pue-

blos de tierra adentro puede llevarse a cabo una elección honesta, se equivocan de medio a medio. En las ciudades es posible presenciar una cosa así; pero en la campaña, no. Y no hablemos de algunas comarcas de las provincias del Oeste o del Norte. La legalidad es en ellas un contrasentido tan grande como el querer convencer a un ebrio profesional de las bondades de las aguas minerales.

Las elecciones dejan de ser un juego de azar, — que no es otra cosa la tornadiza y desconocida voluntad del "pueblo soberano", — para entrar en el mundo de las dobles cartas o de las barajas marcadas. En una palabra: la socorrida anécdota del comisario que sorprende a una casa de juego en plena tarea cultural:

—¡Dense presos, señores, por contravenir las leyes de los juegos de azar!

A lo que contestan los jugadores con cierta sonrisa ática en los labios:

—¡Pero comisario, si aquí no hay azar que valga! ¡Todos nos hacemos trampas!

Las elecciones de los gobiernos o intervenciones demagógicas, son lo mismo. Una casa de juego en la que todo el mundo se trampea de lo lindo. Y si el juego perdiera esta atrayente y honda emoción y entrara a ser ortodoxo, los jugadores se aburrirían en grande y se irían a sus casas a leer "El secretario de los enamorados".

La imaginación es pródiga en inventivas para burlar a las leyes, y en materia electoral adquiere caracteres sorprendentes.

El doctor Roque Sáenz Peña, su ilustre ministro Indalecio Gómez y los legisladores que sancionaron

la Ley del Sufragio Universal, Obligatorio y Secreto, no sospecharon, ni siquiera en forma remota, las artimañas que inventarían sus conciudadanos para burlar el altísimo pensamiento y el hondo espíritu democrático que animó al eminente gestor de la Ley de que tratamos. Y si no, veámoslo en sus distintas, y a cual más pintoresca, formas y denominaciones.

Martingala primera: "LA MARCA"

Durante los prolegómenos del acto electoral, esto es, en plena campaña de propaganda y proselitismo político, los jefes de policía dan órdenes a todos los subalternos de entregarse desaforada y amorosamente a la caza de opositores definidos.

Los patios, calabozos, cuadros y oficinas de las jefaturas, comisarías y subcomisarías, se llenan de inocentes que esperan, entre ayuno y tedio, a que se les notifiquen las causas de la detención de que han sido objetos. Pero la notificación no llega. Los recursos de "habeas corpus" que interponen los familiares y amigos de los detenidos, no prosperan. La máquina de la justicia se ha detenido en seco para tales diligenciamientos. La prensa protesta. Se habla de arbitrariedades. Pero nadie se da por alu-

dido. La tarea cinegética contra la oposición sigue con el mejor de los éxitos. Nemrod habría envidiado el deporte.

Cuando faltan pocos días para las elecciones, las jefaturas políticas y dependencias se transforman en peluquerías. Empieza el comparendo de los detenidos; pero en lugar de habérselas con el comisario sumariante, se encuentran con que los invitan a cortarse el pelo y rasurarse. La afeitada es para despistar. Los hay que caen en la celada como inocentes chorlitos. Otros, en cambio, se oponen enérgicamente, sin medir el alcance de la inutilidad de sus protestas, porque entonces se emplea el "código de procedimientos", y el desgraciado tiene que someterse al peluquero del mismo modo que el chorlito.

Y entra en rápida acción la máquina triple cero, es decir, especie de pequeña cegadora que deja la cabeza como sandía. ¡De nada valen las súplicas de los que usan melena porque son trovadores! ¡De nada valen los ruegos de los elegantes y las palabrotas de los porrudos que se ven despojados de sus cabelleras leoninas y hospitalarias! La segadora es implacable. El peluquero trabaja con centinela de vista, por si acaso. Y su obra devastadora se prolonga por varios días, hasta no dejar en los calabozos y otros sitios ni un opositor con pelos en la cabeza. Porque se le pasa la máquina y se le comunica que está en libertad. ¡Y que no pretenda hablar con nadie para indagar las causas de su detención o para protestar del vejamen de que ha sido objeto su elegancia capilar, porque corre el riesgo de que lo vuelvan a meter en el calabozo, pelado y todo!

Las calles del pueblo y el bar opositor, — porque

hay bares oficialistas, señores! — empiezan a llenarse de melones. Pelados por aquí, pelados por allá, pelados por todas partes, como si una epidemia de tiña se hubiera apersonado de repente a servir de apoyo a la campaña electoral del oficialismo.

El día de las votaciones, como decimos los pajueranos, se constituyen los comicios. Los presidentes de mesas son oficialistas, los fiscales también, porque los de la oposición han sido ahuyentados a sopapo limpio o de cualquier otra forma tan cortés y convincente. Los milicos de facción, ni que decirlo.

Entra a funcionar la mesa. Pasa un votante. Tiene cabello largo, y vota. Pasa otro, y si su calvicie es de evidente origen orgánico, vota. Pasa otro. ¡Es pelado! El presidente lo mira con ojos de basilisco, y le interroga:

—¿Qué desea usted?

—Vengo a votar, señor.

—A ver su libreta.

El "marcado" entrega el documento. El presidente la escruta, busca en el padrón, habla en voz baja con los fiscales, y devuelve la libreta con sequedad al ciudadano que espera:

—Usted no puede votar. No figura en el padrón.

—Pero vea, señor; en el que está en el patio figuro... — insinúa tímidamente el pelado. El presidente se amostaza:

—¡Le digo que aquí no figura! ¡Señores fiscales! ¿Figura este ciudadano en el padrón?

—No, señor presidente...

—¿Ha óido? ¡No figura!

—Sí, pero...

—¡Retírese, señor, y deje votar a otros!

—Sí, pero...

—¡Agente, haga retirar a este individuo!

El agente procede. Y el pelado es llevado afuera con su melón, su libreta y su furia.

En otros comicios son más expeditos aún. Los pelados no entran, ¡y se acabó!

Si algún inocente vasco, naturalizado argentino, y pelado al rape por razones personales, llega a la mesa, tampoco vota, por las dudas, con la consiguiente trifulca del "pelotari" que no acierta a comprender los motivos de la negativa del señor presidente.

Resumen: no ha podido emitir su voto ningún pelado a máquina, opositor o accidental. ¡El señor presidente de mesa ha velado por la "pureza del sufragio"!

Martingala segunda: "EL VOTO OBLIGATORIO"

Esta trampa no es para todos. El presidente de mesa tiene que ser un poco psicólogo, y "calar" de un vistazo al "candidato" que, por lo común, es el pobre hombre de campo, tropero, agricultor, resero, contratista. A este producto de la campaña se le llama "chino", "paisano", "indio", "mulato", según sea la región de su oriundez.

Llega a la mesa. Entrega la libreta. El presidente, muy serio, le da el sobre oficialista, al tiempo que le ordena:

—¡Vote!

El humilde ciudadano lo mira como si soñara. Recuerda vagamente que en otras oportunidades lo metieron en un cuartito medio oscuro, donde había boletas de otros partidos. Recuerda que él votó así

en las elecciones pasadas. Piensa, titubea, sueña, hasta que la voz del presidente vuelve a sonar, ahora más enérgica:

—¡Vote le he dicho! ¿Es que no me ha oído?

—¿Y el cuarto escuro, dotor? — murmura el sonámbulo.

—¡Ya no hay eso! ¡Vote, pues!

—Ta bien, dotor; pero io tráiba otra papeleta....

—¡Es esa que yo le doy la que tiene que dejar en la urna! ¿No sabe que el voto es obligatorio?

El desamparado de Dios abre los ojos. Despierta y recuerda haber oído decir que, en efecto, el voto es obligatorio. Y dócilmente, casi satisfecho de su obediencia republicana, mete la boleta en el sobre y deposita a éste en la urna. Puede que alguno, medio "ilustrao", proteste. Entonces interviene el agente y se le acaba la ilustración.

¡Hay que velar por la "pureza del sufragio", señores!

Martingala tercera: "EL VOTO SECRETO"

El presidente de mesa, en este caso, también tiene que obrar en el elevado terreno de la psicología. El candidato es el mismo de la martingala anterior. Si el presidente se equivoca, la embarra, y la equivocación puede traerle un disgusto, pero no tan tan grande como para quitarle el sueño y el apetito. A lo sumo, el partido tendrá un voto menos. Pero el señor presidente, sin haber leído a Wundt, ni a Descartes, ni a Liebnitz, — ¡ opositores todos ellos, canejo !, — sabe ahondar en el espíritu humano con su pupila de cóndor, y se equivoca únicamente en estado de ebriedad, cosa nada improbable en un presidente de comicio de tierra adentro, tan afectos como son a las empanadas y al vino. "¿Y el sacrificio de estarse tuito el santo día sentado como un marmota?"

Llega, pues, el votante. Se le exige el documento de ritual. El presidente, previa comprobación de que el votante está en condiciones de emitir "libremente" su voto, toma un sobre y una boleta ante el silencio espectador del ciudadano que aguarda. El presidente, de pie, con pulcros ademanes de prestidigitador, teniendo el sobre en la izquierda y la boleta en la derecha, le dice al pobrecito:

—¿Ve este sobre y esta boleta?

—Sí, señor.

—¡Perfectamente! ¡Este es su voto!

Mete la boleta en el sobre con rapidez. Lo cierra, y dirigiéndose al votante, exclama:

—¡A la urna!

Lo introduce, y se frota las manos, satisfechísimo de la limpieza y seguridad con que ha realizado "la prueba".

El votante se queda allí, hecho la estatua del comendador, con la libreta en la mano, ya sellada y firmada.

El presidente lo mira, y con el aire más inocente del mundo, le pregunta:

—¿Qué espera, mi amigo?

—¡Y... io hi venío a votar, po!

—¡Pero si ya votó, amigaso!

—¿Ande hi votao?

—¡Pero aquí mismo, pues! ¿No vió el sobre que puse en la urna?

—Sí, señor; pero io no vide la papeleta.

—Es que no tiene que verla, amigo. ¡Cha con los atrasados estos! ¡Hay que estarles explicando a cada rato lo mismo! ¿No sabe que el voto es secreto?

—Sí, dotor...

—Y si sabe que el voto es secreto, ¿pa qué diablos habla de que no vió la boleta? ¿Eh? ¡Si el voto es secreto, es secreto, y ni usted ni nadie tiene que conocerlo! ¡Cha con la gente esta!

—Sí, pero véia dotor: io hi votao otras veces, y sabía por quién votaba.

—¡Eran otros tiempos, che! ¡Aura no se sabe por quién se vota hasta que se escrutineen las urnas! La ley dice que el voto es secreto. ¡Y la ley es la ley!

El agente de facción mira al presidente con ojos ávidos, como preguntándole: "¿Intervengo, doctor? ¿Ah? ¿Saco lo charrasca?"

El votante ha oído mentar la ley, y, convencido o no, sale del comicio con la mollera embargada de pensamientos confusos. Y dice, para evitarse el trabajo de seguir pensando en lo que le ha ocurrido:

—Así hai de ser, no más!

Y rumbea para el comité en procura de un vaso de vino.

El señor presidente, entre tanto, ríe satisfecho rodeado de sus fiscales. ¡Ha salvado una vez más la "pureza del sufragio" con el voto "secreto"!

Martingala cuarta: "EL MILICO FANTASMA"

Pero no siempre es el presidente de mesa el que tiene a su cargo la honrosa y alto misión de velar por la "libre emisión del sufragio". A veces delega tan dignas funciones en un milico cualquiera que, con celo ejemplar y conmovedora abnegación. sustituye al señor presidente.

Las causas del lavatorio de manos de este último pueden ser varias, a saber: a), sus escrúpulos ciudadanos, pues honrado es suponer que también hay presidentes de mesas con escrúpulos cívicos; b), su pudor; ya que también debemos admitir que no todos lo pierden; c), alguna escondida intención alimentada por oscuros designios o tretas inconfesables, y, d), el miedo de que le salga la vaca toro.

—¡Yo me lavo las manos como Damocles, porque esto de estar con la espada de Pilatos sobre la cabeza, no me hace gracia, señores fiscales!

E instruye al milico en los arriesgados y "patrióticos" menesteres que ha de afrontar. El milico, ya en condiciones de desempeñarse satisfactoriamente, se esconde en el cuarto oscuro, el que ha de ser lo más oscuro posible. Y entra a funcionar el comicio.

Cae el primer chorlito. Toma el sobre que se le entrega y se dirige al patíbulo. El milico, desde la penumbra, observa. Si el chorlito toma la boleta oficialista, bien; el milico ni respira. Pero si echa mano a otras, aparece el "fantasma" esgrimiendo su carabina o su revólver, y, con voz gutural e imperativa, ordena señalándole al votante la boleta correspondiente:

—¡Ponga esa, canejo!

El ciudadano se sobresalta. La conciencia del noble deber que está cumpliendo lo ha ensimismado de tal modo que no ve más que su sobre y su boleta, La voz del "fantasma" y su carabina lo toman tan de sorpresa, que no atina ni a hablar. Está mudo, asustado, casi tembloroso.

—¿Y qué hace que no mete la papeleta que le digo? ¿Está queriendo que proceda? — vuelve a exclamar el milico desde la sombra, en la cual ya puede delinearlo el votante. Y lo ve con cara furibunda y gesto amenazador. Pero lo que lo decide del todo, es el ojo hueco de la carabina que el milico le pasa por las narices.

El chorlito, como un autómata, recoge la boleta que le ha señalado el "fantasma", la mete en el sobre, cierra a éste y sale del cuarto oscuro para depositarlo cuanto antes en la urna, "¡no sea cosa que li ocurra alguna disgracia, po!"

Martingala quinta: "*LA CADENA*"

Esta es la más corriente, la más segura y la menos arriesgada. Con ella se pone a prueba la fidelidad de los afiliados y la "libre emisión del voto". Pues suele acaecer que " el pueblo soberano" va en número considerable a las reuniones políticas y a los comités a comer empanadas y carne con cuero y a beber vino. Los caudillos y dirigentes hacen cálculos sobre la concurrencia, y llegan a la conclusión de que van "a robar las elecciones". Pero se hace el escrutinio, y comprueban con el consiguiente espanto que el "pueblo soberano" lo único que ha hecho es comerles las empanadas y agotarles las reservas de mosto, porque los votos no aparecen por ninguna parte, o aparecen en favor del partido contrario.

A fin de salvar, pues, esta pequeña contrariedad, se inventó "la cadena".

A los comités oficialistas de la campaña les es fácil conseguir un sobre electoral de todas, o parte de las mesas, del distrito. En posesión de este precioso elemento, debidamente firmado por el presidente de mesa y algunos fiscales, los dirigentes entran en funciones con todo amor y devoción. Ponen lo boleta en el sobre, lo cierran, y se lo entregan al votante que comió empanadas. Este lo guarda y se va al comicio. Aquí, el presidente, le da el sobre que le corresponde. El votante lo recoge, se va con él al cuarto oscuro, sale y deposita en la urna el cerrado que le entregaron en el comité. El abierto, el que le ha dado el presidente de la mesa, se lo guarda celosamente y se lo lleva a los dirigentes. Esta es la señal incontrovertible de que el "correligionario" no se comió las empanadas de arriba, y la no menos segura de que "ha cumplido con su deber cívico".

El sobre pasa a otro que va al comicio y vuelve con el abierto. No hay modo de zafarse. Un sobre va cerrado y otro vuelve abierto. Y si el votante se zafa, se hace en el acto acreedor al dulce epíteto de "traidor". ¡Pero ése no vuelve a comer empanadas! Y es mejor que dispare.

El método, salvo algún aislado caso de deserción, es absolutamente infalible. En "la libre emisión del voto" asegurada en un grado máximo. No ofrece mayores peligros, es cómoda y hasta humanitaria. ¡No tiene que andar uno viéndoselas con el presidente de mesa, con los fiscales o con el milico fantasma!

Martingala sexta: *"EL VUELCO DE LOS PADRONES"*

Esta es demasiado conocida, pero la detallaremos para no dejar incompleto este manual.

"El vuelco" puede hacerse únicamente en las mesas lejanas, donde no haya posibilidad de fiscalización opositora o independiente.

Fiscal opositor que quiera arremeter con la empresa homérica de llegar a una mesa donde se ha decidido "el vuelco", corre el riesgo inminente de dormir una semana en un calabozo, o de volver a sus lares con un ojo menos, o de no volver, simplemente, si el hombre es muy decidido. Pero como quién más, quien menos, por más republicano, representativo y federal que sea, ama su libertad y su pellejo, opta por una prudente retirada, y tira la esponja. Después se queja a los diarios, al go-

bierno nacional y... todo queda lo mismo.

Las mesas, en consecuencia, están libres de las molestias de toda avispa enemiga. Se puede trabajar con absoluta confianza. Se toman tantos sobres y boletas, — ¡oficialistas, por cierto! — como apadronados hay, y se depositan solemnemente en las urnas. ¡Y se acabó la elección! ¡Qué tantas molestias!

El método, como puede observarse, es bastante expeditivo y elimina el engorro al presidente y a los fiscales de tener que estar todo el día en el comicio.

Esta simpática operación no siempre se hace el mismo día de la elección. A veces se lleva a cabo con dos o tres semanas de anterioridad. Las urnas, cerradas y lacradas, se depositan en lugar seguro. Dios ayuda al que madruga.

Por otra parte, esta es una de las formas más eficaces que tiene el "pueblo soberano" para demostrar su soberanía y su amor a las instituciones: ¡ni un solo ciudadano ha dejado de emitir su voto, señores!

No vamos a enumerar otras artimañas de menor cuantía, como el secuesto de libretas de enrolamiento efectuado a diestra y siniestra, el encarcelamiento de los opositores durante el día eleccionario, la prohibición de entrar en los comicios a todo aquel que huela a un voto menos, el suprimir de los padrones "por falso domicilio", a todo elector que no esté perfectamente clasificado de "oficialista seguro", y otras cosas tan inocentes y edificantes como las enunciadas. Los medios no interesan. Es el fin el que importa: "velar por la pureza y la libre emisión del voto".

Martingala séptima y última de mis precarios conocimientos.

Terminado el acto eleccionario o "la brillante jornada democrática", el Gobernador entrega a los diarios, o el Interventor eleva al Ministerio del Interior, la siguiente noticia:

"Las elecciones del día de hoy se han desarrollado en todo el territorio de la provincia dentro de lo más absoluta tranquilidad, y revestidas de toda clase de garantías tendientes a asegurar la libre emisión del sufragio. El pueblo ha dado un alto ejemplo de civismo."

Después de todo esto, hay que lamentar que Kant, — ¡y es la segunda vez que lo meto en semejantes andurriales!, — no haya vivido en un pueblo nuestro en épocas electorales para que hubiese agregado un maravilloso capítulo a sus "Fundamentaciones de la metafísica de las costumbres".

FIN

INDICE

